

Programa de lectura de la Biblia

de la Iglesia de Dios Unida, *una Asociación Internacional*

Con el fin de poder avanzar sistemáticamente en la lectura de las Escrituras, recomendamos que se lea un capítulo o pasaje cada día, junto con los comentarios correspondientes.

— Éxodo —

Capítulo o pasaje	Tema
Éxodo 1-2	Introducción al Éxodo
Éxodo 1-2	Aunque esclavizada, Israel se convierte en una nación
Éxodo 1-2	Moisés es “sacado de las aguas”
Éxodo 3-4	Dios le habla a Moisés desde la zarza ardiendo
Éxodo 5:1-6:27	Ladrillos sin paja, pero Dios es fiel
Éxodo 6:28-8:19	Comienzan los milagros
Éxodo 8:20-10:20	Más plagas
Éxodo 10:21-11:10	Oscuridad y advertencia de la última plaga
Éxodo 12:1-13:16	Un nuevo comienzo
Éxodo 12:1-13:16	Los primogénitos son santificados
Éxodo 13:17-14:30	El milagro del mar Rojo
Éxodo 15	De un canto de jubilosa alabanza a quejas amargas
Éxodo 16	Dios les da el pan diariamente
Éxodo 17	¿Está Dios entre nosotros?
Éxodo 18	El consejo de Jetro
Éxodo 19	Israel llega al monte Sinaí
Éxodo 20	Los Diez Mandamientos
Éxodo 21	Los juicios
Éxodo 22	Los juicios relativos a la propiedad y a la inmoralidad
Éxodo 23	Más que “Tú no . . .”
Éxodo 24	Un pueblo escogido; compartiendo con Dios
Éxodo 25	Planos del interior del tabernáculo
Éxodo 26-27	Más detalles del diseño del tabernáculo
Éxodo 28	Las vestiduras de los sacerdotes; el Urim y Tumim
Éxodo 29	Preparación de Aarón y sus hijos para el servicio
Éxodo 30	Incienso, agua y aceite; dinero del rescate
Éxodo 31	Artesanos del tabernáculo, el sábado y las tablas del testimonio
Éxodo 32	El becerro de oro
Éxodo 33	Moisés intercede por la presencia de Dios y le pide ver su gloria

Éxodo 34	El pacto es renovado; el rostro resplandeciente
Éxodo 35	¿No encender fuego en el sábado?
Éxodo 36	El pueblo trae una ofrenda demasiado grande
Éxodo 37-38	El mobiliario del tabernáculo
Éxodo 39	Las vestiduras de los sacerdotes; la obra es terminada
Éxodo 40	La gloria de Dios llena el tabernáculo

Comentarios sobre algunos pasajes del Éxodo

Introducción al Éxodo (Éxodo 1-2)

El Éxodo es el registro del nacimiento de Israel como nación. El título en hebreo, *We'elleh Shemoth*, “Estos son los nombres”, proviene de la primera frase del libro. El comienzo del Éxodo sugiere que es una continuación del Génesis. El nombre en griego es *Exodus*, una palabra que indica salida o partida. La Septuaginta o Versión de los Setenta (traducción griega del Antiguo Testamento) utiliza esta palabra para describir el libro de acuerdo con el acontecimiento clave (“la salida”, 19:1). Israel era una nación de esclavos, pero salió victorioso de Egipto para ir a encontrarse en el desierto con Dios.

El Éxodo es el segundo de los cinco libros escritos por Moisés. Jesucristo mismo afirmó que él era el autor del libro (Éxodo 17:14; Marcos 12:26). Después de llamar a Moisés, Dios lo envió para que dirigiera a su pueblo. Pero es claro que los israelitas no fueron liberados por el poder de Moisés, sino por el poder del divino Rey del universo. En todo el libro se ven claramente las debilidades de los seres humanos, desde la renuencia inicial de Moisés a someterse a la voluntad de Dios, hasta la obstinada dureza del faraón y la queja continua, la murmuración y la rebelión de los israelitas.

Sin embargo, Dios iba a liberar a su pueblo, y demostró que era fiel. Todo esto prefiguraba la liberación futura que Dios iba a realizar al enviar a Jesucristo —primero, para que muriera como el Cordero pascual (que en el Éxodo ya aparece) y después, para que regresara como el Salvador inmortal— para destruir a sus enemigos y glorificar a todos los que se arrepientan de sus pecados y lo sirvan viviendo de acuerdo con su ley, una ley codificada para nosotros en el libro del Éxodo.

Tanto los arqueólogos como los eruditos bíblicos han discutido ampliamente si en realidad fue cierto que Israel estuvo en Egipto y si en verdad fue liberado tal como dice la Biblia. Los “minimalistas” bíblicos niegan la autenticidad de estos sucesos, porque no hay pruebas fuera de la Biblia que comprueben su veracidad. Sin embargo, varios respetados eruditos reconocen la veracidad del relato bíblico. Como anota el egiptólogo Kenneth Kitchen, “la ausencia de pruebas no es prueba de que no ocurrió”. Nahum Sarna, profesor emérito de estudios bíblicos en la Universidad de Brandeis, argumenta que la historia del éxodo, con una nación que se origina en la esclavitud y la opresión, no puede posiblemente ser ficción. A ninguna nación le gustaría inventar una historia que se transmitiera fielmente de generación en generación y de siglo en siglo, y cuya base fuera tan poco gloriosa, a no ser que fuera auténtica y verdadera. “Si usted estuviera inventando su propia historia —agrega el profesor Richard Friedman, de la Universidad de California en San Diego— diría que descendía de los dioses, jamás de los esclavos”.

“De hecho, la falta de pruebas materiales directas de la presencia de los israelitas en Egipto no debe sorprendernos, ni debe afectar la credibilidad de la Biblia, como parece sugerir a primera vista. Al fin y al cabo, ¿qué clase de pruebas esperaríamos encontrar para corroborar la historia bíblica? Como anota el destacado arqueólogo William Dever: ‘Los esclavos, los siervos y los nómadas dejan muy pocos restos arqueológicos’. Dado que los registros oficiales y las inscripciones en el antiguo Cercano Oriente se escribieron con el fin de impresionar a los dioses y a los enemigos en potencia, sería muy sorprendente que encontráramos inmortalizado en las paredes de un templo egipcio un relato acerca de la destrucción del ejército del faraón” (Jeffery L. Sheler, *Is the Bible True?* [“¿Es cierta la Biblia?”], 1999, p. 78).

Aunque esclavizada, Israel se convierte en una nación (Éxodo 1-2)

Aquí encontramos un recuento de los hijos de Israel; es curioso notar que no es un recuento según la edad, sino de acuerdo con los hijos de las diferentes madres. Primero está la lista de los hijos de Lea; luego los hijos de Zilpa, la sierva de Lea; después, el hijo de Raquel, Benjamín (ya que José estaba en Egipto); y finalmente los hijos de Bilha, la sierva de Raquel. Se dice expresamente que la familia de Jacob que llegó a Egipto estaba compuesta por “setenta personas” (v. 5), de la misma forma que dice en Génesis 46:27. Algunas personas encuentran una contradicción en Hechos 7:14, porque Esteban dijo: “Y enviando José, hizo venir a su padre Jacob, y a toda su parentela, en número de setenta y cinco personas”. Sin embargo, Jesús dijo: “La Escritura no puede ser quebrantada” (Juan 10:35). De hecho, hay una explicación muy sencilla que se encuentra en el libro *Alleged Discrepancies of the Bible* (“Supuestas contradicciones de la Biblia”), escrito por John W. Haley: “Todos los hijos, nietos y bisnietos de Jacob sumaban 66 [Génesis 46:8-26]. Si sumamos al mismo Jacob, y a José con sus dos hijos, ya tenemos 70. Si a los 66 agregamos las nueve esposas de los hijos de Jacob (las esposas de Judá y de Simeón ya habían muerto; José no se contaba porque tanto él como su esposa e hijos ya estaban en Egipto; y Esteban nombra a Jacob aparte) tendremos las 75 personas que se mencionan en Hechos” (p. 389).

Pero los israelitas no permanecerían así durante mucho tiempo. Dios había prometido y había pactado con Abraham que sus descendientes serían tan numerosos como las estrellas de los cielos y las arenas del mar (Génesis 22:17-18). Más tarde le reiteró su promesa a Isaac (26:4), y luego a Jacob (28:14), a quien más tarde se le cambió el nombre por Israel (32:28). Ahora en el Éxodo vemos el comienzo del cumplimiento de esa promesa, resaltada por el uso de cinco expresiones diferentes: “fructificaron”, “se multiplicaron”, “fueron aumentados”, “fortalecidos en extremo” y “se llenó de ellos la tierra” (1:7). Tal parece que Dios hubiera inspirado a Moisés para que registrara el momento en el cual él empezaba a cumplir las promesas que le había hecho a Abraham, Isaac y Jacob. Es muy fácil olvidar la Palabra de Dios, especialmente cuando estamos en tiempos difíciles, pero esto nos muestra la fidelidad que Dios tiene para cumplir sus promesas.

Después leemos que había transcurrido algún tiempo desde la muerte de José y su familia (y sus hermanos y sus familias). Aparece un nuevo faraón que no conocía, recordaba o reconocía las obras y la posición que José había tenido en Egipto. Es lo mismo que ocurre en la actualidad. Si les preguntamos a los jóvenes acerca de dirigentes nacionales o mundiales del pasado reciente, veremos que no se necesita mucho tiempo para que olvidemos a los que una vez ocuparon altas posiciones. En Egipto esta tendencia fue peor. No había libros ni registros ni noticieros de televisión que les recordaran el pasado. Es más, a veces el nuevo faraón destruía las muestras de la gloria del faraón predecesor, para poder engrandecerse a sí mismo ante los ojos del pueblo.

Este nuevo faraón consideraba a los israelitas como una amenaza, debido al aumento rápido y continuo de su población. Entonces los egipcios se ingeniaron un plan para hacer que los israelitas se les sometieran completamente por medio de la esclavitud. Esto estaba de acuerdo con el plan que Dios le había revelado a Abraham (Génesis 15:13-14). La decisión del faraón de poner los capataces para que doblegaran el espíritu de los israelitas, deteriorando su salud con las largas y extenuantes jornadas, disuadiéndolos de tener hijos que nacieran en la esclavitud, tal parecía que no estaba funcionando. Entonces proclamó un edicto y ordenó “matar” a los varones recién nacidos, buscando frenar con esto el crecimiento de la población. Es interesante notar la intervención de Dios, porque las parteras no fueron castigadas por desobedecer las órdenes del faraón. De hecho, ¡Dios las bendijo por temerle a él! A su vez, el faraón ordenó a los egipcios que mataran a los hijos varones de los hebreos. Aunque muchos murieron, es improbable que el edicto hubiera durado mucho, porque cuando Moisés, de aproximadamente 80 años de edad, regresó para sacar a Israel de Egipto, los hombres adultos de Israel sumaban más o menos 600.000.

Moisés es “sacado de las aguas” (Éxodo 1-2)

En este relato vemos cómo una familia levita trató de salvar a su hijo durante la época del edicto del faraón. Es interesante notar que Jesús —el verdadero libertador, al cual prefiguraba Moisés— también tuvo que esconderse en Egipto cuando nació, porque un edicto similar estaba vigente durante su infancia.

Es maravilloso comprobar cómo Dios intervino durante este tiempo de prueba. Moisés fue llevado justo al sitio en el que se bañaba la hija del faraón, quien quiso salvarlo y adoptarlo como su propio hijo. Aunque ella sabía que era un hijo de los hebreos, tal vez lo vio como un regalo de los dioses, tal vez de Khnum, el dios del Nilo. No solamente

te se salvó la vida de Moisés, sino que además llamaron a su propia madre y le pagaron para que lo amamantara y lo cuidara. El nombre que la princesa le dio, Moisés, significa “sacado de”. Es interesante notar que este sufijo era comúnmente usado en los nombres de varios faraones de los reinos del medio y nuevo Egipto. Por ejemplo, Tutmosis es Thoth-mosis, que significa “Sacado (o nacido) de Thoth”, el dios de la sabiduría. Otro ejemplo es Ramesés o Ra-meses, que significa “Sacado (o nacido) de Ra” o Re, el dios sol. Esto nos da pie para pensar que el nombre de Moisés tenía originalmente un prefijo pagano, que él, de manera muy comprensible, no registró cuando escribió el Pentateuco.

Sería necio suponer que si la hija del faraón reconocía que Moisés era un niño hebreo, el mismo faraón no lo supiera. Sin embargo, el faraón no hizo que lo mataran (tal vez por el amor que sentía por su hija y por la creencia de que el niño podría ser un regalo de los dioses). De hecho, él permitió que ese niño se convirtiera en príncipe de Egipto. En Hechos 7:22 Esteban afirma que debido a esa realeza, Moisés “fue enseñado en toda la sabiduría de los egipcios; y era poderoso en sus palabras y obras”. Aun Flavio Josefo, historiador judío del primer siglo, nos informa que él fue un gran general egipcio. Pero todo esto cambió súbitamente cuando Moisés se convirtió en un fugitivo que huía para salvar su vida.

En Hechos 7:23 se nos dice que Moisés tenía 40 años cuando tuvo que huir de Egipto. El versículo 30 nos enseña que transcurrieron otros 40 años en la tierra de Madián. Y más tarde, él estaría viajando por el desierto con los israelitas durante otros 40 años (v. 36). Finalmente, murió a la edad de 120 años (Deuteronomio 34:7). Moisés tuvo tres etapas de instrucción o educación, cada una de 40 años: 1) como príncipe en la corte del faraón, 2) como pastor en Madián, 3) como dirigente de los israelitas. Según esto podemos deducir que los dos primeros capítulos del Éxodo abarcan un período de 80 años, o sea dos tercios de la vida de Moisés.

Moisés fue instruido durante 40 años por Reuel, el “sacerdote” de Madián. Esta expresión tiene sentido cuando entendemos que los madianitas eran descendientes de Abraham (Génesis 25:1-4), y que, aun en Israel, la cabeza de familia era quien tenía que ofrecer sacrificios, antes de que fuera instituido el sistema levítico. Moisés se casó con Séfora, hija de Reuel. Debemos notar que Reuel también era conocido como Jetro, y que ambos nombres son usados para referirse al suegro de Moisés (Éxodo 2:18; 3:1; Números 10:29). El escritor John Haley dice que, según varios eruditos, “Jether o Jetro, no es un nombre propio, sino simplemente un título de honor, que denota “excelencia” y es equivalente al árabe ‘imam’” (Haley, *op. cit.*, pp. 354-355).

Dios le habla a Moisés desde la zarza ardiendo (Éxodo 3-4)

El tiempo para que Dios liberara a los israelitas, de acuerdo con la profecía dada a Abraham en Génesis 15, había llegado. El Todopoderoso llamó a Moisés, quien se encontraba apacentando ovejas, y lo confrontó con una señal milagrosa: una zarza que, a pesar de arder en fuego, no se consumía. Dios puso de presente que él era el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, a quienes les habían sido hechas las promesas del pacto. Y era el momento de cumplir esa parte del pacto al sacar a los israelitas de la cautividad y llevarlos a la tierra que Dios les había prometido a sus descendientes.

Algunas veces debemos ser pacientes con las pruebas a las que Dios nos somete. Las promesas de Dios siempre son ciertas. En algunos momentos, sin embargo, nos parece que estamos viviendo la eternidad cuando enfrentamos pruebas. Y sin embargo, cuando Dios interviene, ¡su intervención es rápida! “¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche? ¿Se tardará en responderles? Os digo que pronto les hará justicia. Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?” (Lucas 18:7-8).

De la misma forma en que Dios preparó a Moisés para lo que iba a venir y para el resultado final, actualmente, Dios prepara a su pueblo para los acontecimientos que van a ocurrir en el futuro.

Continuemos con el capítulo 4. Dios conoce la forma en que razona la mente humana. Él preparó a Moisés para que su autoridad tuviera credibilidad por el respaldo de ciertos milagros, pero no con el fin de que los israelitas confiaran en Moisés, puesto que Dios es el único en quien debemos confiar. Moisés era simplemente su siervo escogido. Podemos estar seguros de que Dios sabe llamar la atención. Los tres milagros que Dios iba a realizar por medio de Moisés serían un gran testimonio para los egipcios, y también para los israelitas, quienes estaban bastante influenciados por la religión egipcia. La serpiente era uno de los dioses de Egipto. La lepra era una enfermedad incurable, y cualquier médico estaría dispuesto a creer en un “dios” que fuera capaz de curarla. Finalmente, pero no por eso el

menos importante, el Nilo era objeto de adoración, de manera que contaminar sus aguas con sangre haría que todos pusieran cuidado.

También empezamos a darnos cuenta del carácter manso y humilde de Moisés. La profunda humildad de Moisés (Números 12:3) era seguramente el resultado de su relación íntima con Dios, pero también parece que era un rasgo de su personalidad. Aunque al hablar de esta época, Esteban dijo que Moisés “era poderoso en sus palabras y obras”, a éste parecía que le faltaba confianza en sí mismo. No es raro encontrar a personas talentosas y exitosas que carecen de confianza en sí mismas. En este caso, la debilidad se convirtió en fortaleza, porque la confianza en sí mismo fue reemplazada por una gran confianza en Dios. Sin embargo, en estos momentos Moisés estaba centrado en su propia percepción de que le faltaba habilidad y trató de evadir esta responsabilidad tan abrumadora.

Tal vez él estaba simplemente intimidado por Dios y se sentía completamente incapaz de representarlo. Pero teniendo en cuenta el poder de Dios y lo que él era, Moisés no debiera haber pensado que Dios estaba cometiendo un error al escogerlo, que Dios no podía utilizarlo para cumplir el propósito para el cual lo había llamado. Aunque Dios conocía la personalidad de Moisés, Moisés estaba probando su paciencia al no concentrarse en todos los milagros y el respaldo que Dios le estaba dando. Él, tal como lo dijo inicialmente cuando se presentó, era el verdadero Creador y Diseñador de la boca humana. Sin embargo, Dios es tan misericordioso y comprensivo que, aunque se molestó con Moisés por lo que parecía ser una falta de fe, le dio la ayuda de su hermano mayor Aarón. Pero tal parece que al poco tiempo Moisés hablaba directamente con el faraón, y no por medio de Aarón (Éxodo 8:9, 26, 29).

Cuando llegamos a Éxodo 4:24, es sorprendente leer que Dios trató de matar a Moisés. ¿Por qué? Veamos el relato acerca de la confrontación entre Moisés y su esposa. Parte del pacto de Dios con Abraham, Isaac y Jacob era la circuncisión como señal de ese pacto. Cualquiera de los hombres que no se circuncidara sería “cortado” (o destruido) del pueblo. Cuando analizamos las personas con las que se celebró el pacto, nos damos cuenta de que no estaban incluidos los descendientes de Abraham con Cetura. Los madianitas eran descendientes de Abraham y Cetura por la línea de Madián. Y mientras Madián tal vez era circuncidado, como Ismael lo fue, tal parece que después de que los hijos de Cetura se fueron (Génesis 25:5), ellos no continuaron practicando la circuncisión en los hijos. En vez de esto, “los madianitas circuncidaban al novio antes de su matrimonio, pero no circuncidaban los niños varones . . . Muchos de los vecinos de Israel practicaban la circuncisión, pero ninguno, excepto Israel, circuncidaba a los infantes” (*Nelson Study Bible* [“Biblia de estudio de Nelson”], nota acerca del versículo 24).

Ahora analicemos lo que dicen los versículos 24 al 26. Tal parece que Dios había hecho responsable a Moisés de la circuncisión de su hijo, pero él se la había delegado a su esposa Séfora, quien no estaba de acuerdo en realizarla. Ella la hizo finalmente, pero no con agrado, sino con resentimiento, y llamó a Abraham “esposo de sangre”. Uno se pregunta por qué se menciona solamente un hijo, siendo que Moisés tenía dos hijos (v. 20; 18:4). Es probable que “Moisés hubiera dejado sin circuncidar a uno de sus hijos, a pesar de la orden de Dios” (*ibidem*). Tal vez Séfora quedó tan traumatizada por la circuncisión de su hijo que exigió que el próximo no fuera circuncidado. De todas formas, Moisés no estaba siguiendo las instrucciones de Dios. Y la verdadera señal del pacto no estaba siendo obedecida por el dirigente de la nación. A la luz de estos acontecimientos, la desobediencia de Moisés era una ofensa grave. Encontramos este breve inserto, el registro de un incidente que, sin lugar a dudas, tuvo gran impacto en Moisés.

Ladrillos sin paja, pero Dios es fiel (Éxodo 5:1-6:27)

Algunas veces las situaciones empeoran antes de mejorar. ¿Cómo reaccionamos ante Dios cuando oramos? ¿Acaso no sentimos algunas veces que no solamente no recibimos una respuesta, sino que las cosas se ponen peor? La respuesta del faraón a Moisés fue que los israelitas estaban “ociosos” y esto les permitía distraerse de su tarea. Cuando los israelitas recibieron esta dura respuesta del faraón ante la petición de Moisés de que les permitiera celebrar fiesta para adorar a Dios, esto fue en verdad una dura prueba para Moisés. En todos los detalles que Dios le había mencionado, esto no figuraba en ninguna parte. Una característica de un buen dirigente es su habilidad para “volver la otra mejilla”. Dios permitió que Moisés tuviera que afrontar la ira y el desconcierto de los israelitas, pero había un propósito para ello.

Dios quiere estar seguro de que su pueblo entiende claramente que él es Dios. Leemos ciertas referencias en las que él dice: “Yo soy el que soy” (el hebreo original no tiene un tiempo específico, de manera que esta expresión denota pasado, presente y futuro). Dios siempre ha existido y siempre va a existir. Aquí leemos que Dios introduce un nue-

vo nombre que antes no le había revelado a Abraham, Isaac o Jacob. (Es utilizado en el libro del Génesis, pero parece que esto ocurre porque Moisés, el autor del libro, fue inspirado por Dios para usarlo al narrar las historias de los patriarcas.) El nombre nuevo que es revelado aquí es *Yahveh* (cuya pronunciación exacta se desconoce). Esencialmente significa “Yo soy el que soy”, pero en tercera persona, esto es: “Él es el que es”, y ha sido traducido por “el Eterno” o “El que existe por sí mismo”. (Más tarde, Jesús reveló que él era aquel a quien los israelitas adoraban como el gran “Yo Soy”, Juan 8:58.)

Dios estaba preparando a su pueblo para que entendiera quién era él. Los milagros que pronto iban a experimentar, les iban a demostrar todo su poder y supremacía. La mayoría de los eruditos bíblicos en la actualidad, aunque acepten que los acontecimientos del éxodo sí ocurrieron, lo hacen de una manera escéptica, afirmando que las plagas de Egipto, por ejemplo, no fueron milagrosas. Ellos afirman que fueron solamente fenómenos naturales exagerados en el relato de las Escrituras. El historiador bíblico Eugene Merrill dice al respecto: “Ellas [las plagas] deben entenderse por lo que en realidad fueron: únicas, pero demostraciones históricas genuinas de la ira de un Dios soberano que quería mostrar no sólo a Egipto sino a su propio pueblo que él era el Señor de todos los cielos y la tierra, el único capaz de redimir a su pueblo de la onerosa esclavitud que vivía bajo el faraón, y hacerlos, mediante el pacto, sus propios siervos” (*Kingdom of Priests: A History of Old Testament Israel* [“Reino de sacerdotes: Historia del Israel del Antiguo Testamento”], 1987, p. 65). Los israelitas estaban tan acostumbrados a los “dioses” de Egipto que necesitaban entender que esta intervención excepcional superaba con creces todo lo que los hombres podían lograr mediante la magia, la brujería o cualquier culto falso. Muchas de las plagas estaban dirigidas directamente contra los “dioses” de Egipto. De hecho, Jetro afirmó: “Ahora conozco que el Eterno es más grande que todos los dioses; porque en lo que se ensoberbecieron prevaleció contra ellos” (Éxodo 18:11).

¡Si la humanidad tan sólo pudiera creerle a Dios! Todo lo del hombre es temporal. Las cosas de Dios son eternas. Mientras la humanidad nos puede defraudar, Dios siempre ha sido y será ¡nuestro amoroso Dios!

Comienzan los milagros (Éxodo 6:28-8:19)

Moisés tenía entonces 80 años. Estaba comenzando sus últimos 40 años de vida cuando condujo a Israel a la Tierra Prometida. Moisés y Aarón habían sido instruidos por Dios para que entendieran que el faraón iba a ser muy testarudo, a pesar de los milagros que se iban a realizar. El faraón también tendría unos “trucos” realizados por sus magos que tratarían de imitar los tres primeros milagros que Moisés iba a efectuar (los de las serpientes y las dos primeras plagas: el agua convertida en sangre y las ranas). A partir de ese momento los magos no podrían duplicar o simular las plagas milagrosas. La habilidad de hacer magia con las serpientes era un talento del que los magos egipcios estaban muy orgullosos: “El poder para controlar y dirigir los movimientos de los reptiles venenosos era un motivo de jactancia y de orgullo para los egipcios, quienes tenían este talento muy desarrollado en la época de la construcción de las pirámides” (E.A. Wallis Budge, *Egyptian Magic* [“Magia egipcia”], 1971, p. 5). Esto podría ser semejante a lo que ocurre con los encantadores de serpientes, que tienen un don natural, o es algo sobrenatural originado en Satanás, la serpiente principal. El Nuevo Testamento nos dice los nombres de estos magos, Janes y Jambres (2 Timoteo 3:8). Estos magos, aunque poderosos, no podían compararse con el poder por el que Dios obró por medio de Moisés. Sin embargo, aunque el poder de Dios prevaleció, el faraón no cedió.

La Biblia nos revela que en el futuro, una extraordinaria fuerza geopolítica conocida como “la bestia” surgirá en el escenario mundial. Su dirigente será un dictador parecido al faraón, y como ocurrió con el faraón, quien estaba de acuerdo con los sacerdotes de Egipto, éste también obrará con un falso poder religioso para efectuar señales y milagros. ¿Seremos capaces de discernir el poder de Dios cuando se oponga al poder de ese sistema falso? Habrá muchos que serán engañados (Apocalipsis 13:13-14). Por medio de su Palabra escrita, Dios nos promete que si permanecemos cerca de él, no seremos engañados.

Volviendo a los capítulos que estamos leyendo, examinemos las tres primeras plagas que cayeron sobre Egipto y que los israelitas también experimentaron.

1. Las aguas se convierten en sangre: Cada una de las plagas de Egipto era un insulto para múltiples dioses egipcios. Por ejemplo, la plaga de las aguas era una bofetada para Khnum, el dador del Nilo; para Hapy, el espíritu del Nilo; para Sodpet, el dios de las inundaciones del Nilo; para Osiris, cuya corriente sanguínea era el Nilo; para Edjo, diosa del delta; para Hatmehyt, la divina guardiana de los peces y los pescadores; y otras deidades que debieron cuidar de los egipcios. Si las aguas se convirtieron realmente en sangre es algo que no está claro. Es posible que las

aguas simplemente parecieran sangre. La *Biblia de estudio de Nelson* dice al respecto: “La palabra hebrea traducida por *sangre* se puede referir al color rojo, tal como sucede en Joel 2:31 . . . Pudiera ser que Dios haya hecho que lluvias torrenciales inundaran y contaminaran las fuentes del Nilo para llevar a cabo esta plaga . . . La tierra roja y las algas harían que las aguas parecieran rojas, no aptas para el consumo humano y deficientes en oxígeno para los peces”. De hecho, la actividad volcánica o meteórica puede contaminar de esta manera, haciendo que las aguas adquieran una coloración rojiza, como parece ser el caso de un suceso que va a ocurrir en el futuro y que está profetizado en Apocalipsis 8:8. Y la Biblia parece darnos a entender que en la época del éxodo, ocurrió un trastorno geológico (Salmos 114:1-6). En todo caso, no importa en qué consistió el cambio en las aguas de Egipto ni cómo lo hizo Dios, lo importante es que entendamos que Dios lo hizo, y que fue claramente un milagro divino.

2. Ranas: Uno de los dioses adorados por los egipcios fue Heket, cuya imagen era la de una rana o una mujer con la cabeza de una rana. Heket era el dios de los nacimientos, parteras y partos exitosos (las ranas, en número moderado, eran consideradas como señal de vida, renovación y felicidad). Después de la superabundancia de ranas, y luego de ver y oler las montañas de cadáveres apilados, uno se imagina que Heket tuvo que perder credibilidad. Incluso en la corte de Hapy, que ya mencionamos anteriormente, había dioses cocodrilos y diosas ranas. Los dioses principales Nun, Kek y Heh eran representados como un hombre con cabeza de rana. Esta plaga, aunque fue imitada por los magos, hizo que el faraón cediera. Pero su testarudez prevaleció y volvió a cambiar de parecer.

3. Piojos: Aunque los egipcios no tenían un dios específico que se representara como un piojo, por lo que podemos saber, ellos sí adoraban a un dios insecto, Kheper, representado como un escarabajo. Debemos entender que esta plaga fue una bofetada para todos los dioses egipcios en general, incapaces de proteger a sus súbditos de la infestación. De hecho, se invocó a Har-pa-khered (Horus en su forma infantil) para que los protegiera de las criaturas peligrosas, en tanto que Imhotep era adorado como el dios de la sanidad medicinal. Pero a pesar de que clamaron, no hubo alivio de ninguna clase. Aun el mismo faraón, quien se consideraba un dios (la encarnación divina del cielo y el dios del sol Horus), sufrió personalmente esta plaga. La infestación de piojos no pudo ser imitada por los magos. Ellos cedieron, pero el faraón no.

Más plagas (Éxodo 8:20-10:20)

Antes de enviar la cuarta plaga, Dios dijo que él iba a impedir que las demás plagas afectaran a los israelitas en Gosén. Las tres primeras plagas habían caído sobre todos, incluso a los israelitas. Pero las siete últimas plagas (fueron un total de 10) iban a afligir solamente a los egipcios. El hecho de que las siete últimas plagas sean diferentes, es algo interesante, máxime si tenemos en cuenta lo que se nos dice en Apocalipsis 15:1 acerca de las plagas finales que van a ser derramadas sobre una humanidad rebelde, después de un período de sufrimiento para el pueblo de Dios (tanto en el aspecto físico como en el aspecto espiritual) y el resto del mundo. Tal como ocurrió en Egipto, en el tiempo del fin el pueblo de Dios va a ser protegido de las siete plagas postreras.

4. Moscas: Hablando acerca de las moscas, el *Comentario exegético y explicativo de la Biblia*, de Jamieson, Fausset y Brown, dice que estas no eran “‘moscas’ tales como las conocemos nosotros, sino varias clases de moscas (Salmos 78:45), el tábano, la mosca perruna, la cucaracha, el escarabajo, porque todos éstos son mencionados por escritores diferentes . . . El culto a las moscas, y especialmente al escarabajo [en la forma del dios escarabajo Kheper], era parte importante de la religión de los antiguos egipcios” (1967, 1:68). Además, con las moscas rondándolos por todas partes, revoloteando alrededor de sus ojos, contaminando su comida y zumbando incesantemente para hacer más penosa su miserable situación, ¿dónde estaba Amón, el supremo auxiliador de los piadosos y dios del viento, que no soplaba para dispersar esta plaga? ¿Dónde estaban Mafdet, la diosa guardiana, y Sed, el dios protector? Finalmente, el “divino” faraón empezó a negociar, permitiendo que los israelitas ofrecieran sacrificios en Gosén. Pero Moisés le hizo ver que hacer esto sería una abominación para los egipcios, ya que para ellos el sacrificio de ovejas era algo detestable (Génesis 43:32; 46:34), y como en esos momentos odiaban a los israelitas, serían capaces hasta de apedrearlos si hicieran algo así.

Entonces, con las moscas revoloteando por todas partes, el faraón accedió a permitir que los israelitas viajaran un corto trecho hasta el desierto para ofrecer sacrificios. Pero nuevamente, el testarudo gobernante cambió de parecer.

5. Muerte del ganado: Como en la mayoría de las sociedades paganas, el buey estaba estrechamente relacionado con varias deidades en Egipto. Apis, el dios toro, era la personificación viviente de Ptah, el dios de la creación. Los dioses creadores Atum y Ra, más tarde conjugados en una sola divinidad, eran representados por el toro negro

Mnevis de Heliópolis. Nut y Neith estaban representados como la gran vaca celestial que había dado origen al cosmos y otras divinidades. Mehet-Weret, otra diosa asociada con la creación, era representada por una vaca. Las diosas madres Hathor y Nektet eran simbolizadas por vacas, como lo era también Hesat, diosa del nacimiento. La madrastra de Horus, la diosa vaca Sekhet-Hor, era invocada frecuentemente para que protegiera el ganado, una oración que en estos momentos, ante el poder del Dios verdadero, no tenía ningún valor. Debemos notar aquí que todo parece indicar que los egipcios poseían algunas ovejas (9:3), aunque aparentemente no para alimento ni para sacrificios (8:26). Los dioses carnero ocuparon un lugar prominente en el panteón egipcio: Ba, Banebdjedet, el primitivo Heryshaf, y Khnum, el dios del Nilo. Incluso el dios supremo Amón era simbolizado por un carnero con cuernos curvos. La frase: “Y murió todo el ganado de Egipto” (9:6) significa que la mayoría del ganado murió, porque según lo que leemos en los versículos 19-21 de ese mismo capítulo, y lo que nos dice en el capítulo 14:7-9 acerca de los caballos, todavía tenían ganados después de la plaga. Aunque esto haya sido así, de todas maneras lo que sucedió fue algo tremendo, que causó un gran impacto en el poderío militar y económico de Egipto. Nuevamente, Dios protegió a los israelitas, tal como se dio cuenta el faraón. Pero de todas formas, se negó a dejar salir al pueblo de Dios.

6. Úlceras: Nuevamente los falsos dioses de Egipto no sirven para nada, entre ellos Sakhmet, la diosa guardiana de la salud (además de su principal función como diosa de la guerra); Imhotep, el dios de la medicina; e Isis, la diosa de la vida y de la sanidad. Los magos del faraón estaban demasiado enfermos como para poder estar en su presencia; sin embargo, el corazón de faraón todavía estaba endurecido. Es interesante notar que por primera vez en el relato se afirma que fue *Dios* el que en realidad endureció el corazón del faraón (9:12), algo que Dios ya había dicho (4:21; 7:3). Sin embargo, anteriormente se afirmaba que el faraón era quien endurecía su propio corazón (8:15, 32). Dios estaba reforzando la inclinación natural del faraón, su testarudez, con un propósito, el cual está descrito en el versículo 16 (Romanos 9:14-24).

7. Granizo: Esta plaga mató todos los siervos, animales y ganados que no estaban bajo techo. Las plantas y los árboles también fueron destruidos, incluso las cosechas. Esta fue una gran tormenta de granizo, con unos rayos y truenos que parecían descargarse sobre la tierra, tal como lo describe el Salmo 78: “Sus viñas destruyó con granizo, y sus higuerales con escarcha; entregó al pedrisco sus bestias, y sus ganados a los rayos” (vv. 47-48). Por supuesto, todas estas cosas tuvieron un impacto devastador en el suministro de alimentos para la nación. Se continuaba demostrando la impotencia de los dioses de Egipto: las diosas de los cielos Nut y Hathor; el dios del cielo Horus; Shu, el dios del aire y conductor de los cielos; Seth, el dios de las tormentas y protector de las cosechas; Neper, el dios de las cosechas de cereales; Osiris, el gobernante de la vida y la vegetación; Isis, la diosa de la vida; y todas las vacas y carneros y las demás deidades que ya hemos mencionado, y que no pudieron hacer nada delante del verdadero Dios. El faraón cedió, por el momento. Por supuesto, cuando cesó la plaga, él nuevamente cambió de parecer.

8. Langostas: En este punto, los siervos del faraón trataron de impresionarlo diciéndole que “Egipto está ya destruido” (10:7). El faraón empieza nuevamente a negociar con Moisés. Pero como no acepta las condiciones de Dios, un poderoso viento empieza a traer una plaga de langostas sobre el país. Los resultados son desastrosos. La escasa vegetación que había quedado después del granizo, ahora es devorada por las langostas. La tierra queda completamente devastada. Debe haber sido impresionante contemplar una tierra que había sido fértil y abundante, ahora desolada, despojada de toda su vegetación (v. 15). Nuevamente Seth, Neper, Osiris e Isis estaban completamente derrotados, al igual que Shu, el dios del aire, y Amun, el dios del viento. Esta terrible plaga debe haber dejado la nación al borde de la inanición. Desesperado, el faraón confiesa sus pecados y pide perdón, aparentemente. Pero este arrepentimiento dura poco. Ya Moisés estaba acostumbrado a la testarudez del faraón y no se sorprendió cuando, nuevamente, éste cambió de parecer con respecto a dejar salir a los israelitas.

Oscuridad y advertencia de la última plaga (Éxodo 10:21-11:10)

9. Oscuridad: Esta plaga duró tres días. La gente no pudo salir de sus casas debido al impacto de este acontecimiento. Sólo comparable a la oscuridad que se experimenta dentro de un ropero con todas las rendijas alrededor de la puerta cubiertas, este fue un ataque frontal a la credibilidad del dios sol de los egipcios, conocido por varios nombres: Re, Ra, Atum, Aten y, en algunas ocasiones, Horus. De hecho, aunque los egipcios adoraban varios dioses, ninguno era tan adorado como el sol. Hay que tener en cuenta que en la antigüedad les tenían mucho miedo a los eclipses; por lo tanto, esta absoluta oscuridad de tres días debió haberlos aterrorizado por completo. Nuevamente, los israelitas, que vivían en Gosén, no fueron afectados. El faraón trató de hacer un trato y retener los animales

de los israelitas que no habían sido afectados por las plagas de Egipto. Era claro que las reservas alimenticias de los egipcios en estos momentos estaban en un nivel crítico, así que para él sus demandas estaban justificadas. Pero ante Dios, el faraón no estaba en posición de exigir nada. Entonces él se enfureció hasta el punto de amenazar a Moisés con la muerte si no se perdía de su vista.

10. La muerte de los primogénitos: Antes de irse, Moisés le advirtió al faraón acerca de la última plaga que iba a caer sobre Egipto. Los primogénitos varones de los egipcios, de los siervos que no eran israelitas y de todos sus animales, iban a morir, desde los palacios del faraón hasta los calabozos. Tal vez este castigo era algo que los egipcios merecían por la muerte de los hijos de Dios —los infantes israelitas— en la época del nacimiento de Moisés. Esta fue la razón que Dios le había dado a Moisés: “Y dirás a faraón: El Eterno ha dicho así: Israel es mi hijo, mi primogénito. Ya te he dicho que dejes ir a mi hijo, para que me sirva, mas no has querido dejarlo ir; he aquí yo voy a matar a tu hijo, tu primogénito” (Éxodo 4:22-23). Además, al matar todos los primogénitos de los animales, Dios nuevamente volvió a demostrar su supremacía sobre los dioses de Egipto: “Pues yo . . . heriré a todo primogénito en la tierra de Egipto, así de los hombres como de las bestias; y ejecutaré mis juicios en todos los dioses de Egipto. Yo el Eterno” (12:12). Esto no dejaría ninguna duda entre los egipcios de que ¡el Dios de Israel era el Dios verdadero!

Además de todas las deidades animales, lo que Dios estaba haciendo confrontaba directamente a Osiris, considerado por los egipcios como el dador y gobernante de la vida. Más aún, al final esta plaga doblegaría a Egipto y obligaría al faraón para que finalmente dejara salir a los israelitas. Este obligar al faraón para que actuara en contra de su voluntad demostraría el poder soberano de Dios y su gobierno sobre todos los dioses que éste representaba: Hu, el dios que representaba la autoridad real; Wadjet, la diosa de la autoridad real; Sobek, el dios que simbolizaba la fuerza de los faraones; Maat, la diosa del orden cósmico, bajo cuya égida gobernaban los reyes de Egipto; la diosa de la guerra, Sakhmet, quien supuestamente respiraba fuego en contra de los enemigos del faraón. Por supuesto, Dios los vencería, e iba a vencer al faraón también, quien, como mencionamos anteriormente, se veía a sí mismo como la divina encarnación de Horus.

Debido a todos los acontecimientos milagrosos que habían ocurrido, Moisés y los israelitas fueron respetados por toda la nación. Y no solamente respetados. Como lo dicen las notas de la *Biblia de estudio de Nelson* acerca de Éxodo 11:3: “Otro elemento sobresaliente de la salida de Egipto fue la gracia (o favor) que los egipcios sentían por los israelitas y la admiración por su dirigente. Después de todo lo que había ocurrido, deberíamos esperar lo opuesto. Pero los sentimientos positivos por Moisés eran compartidos, por sorprendente que parezca, hasta por los siervos del faraón. Esto, algo irónico, era parte de la gran victoria de Dios sobre el faraón, su enemigo (quien representa el mal, el pecado, la impiedad, y aun a Satanás; ver Apocalipsis 15:3)”. Dios les dijo a los israelitas que les pidieran a los egipcios objetos de plata y oro; esto era en compensación por todos los años de su labor como esclavos. Después de todo lo que habían visto, los egipcios no se iban a quejar. Pero el corazón del faraón todavía estaba tan endurecido que amenazó la vida de Moisés, como ya lo mencionamos. Finalmente, después de haber dado la última advertencia, Moisés salió bastante enojado de la presencia del faraón (11:8). Esta sería la confrontación final entre los dos (10:29).

Un nuevo comienzo (Éxodo 12:1-13:16)

Dios les dio instrucciones específicas a los israelitas para que se prepararan para la plaga final que iba a caer sobre Egipto. Era necesario que se registrara la palabra de Dios, ya que sus instrucciones deberían ser repetidas cada año como un recordatorio de la intervención milagrosa y poderosa de Dios a favor de su pueblo. Y era una sombra del supremo sacrificio del Cordero de Dios, Jesucristo, quien siglos después ofrecería su vida sin mancha como sacrificio por todos los pecados de la humanidad.

En el décimo día del mes que Dios dijo que era el primer mes del año (12:2, el mes de abib, que ocurría en la primavera; al respecto puede leer 13:4), los israelitas debían escoger un macho sin defecto de entre las ovejas o de las cabras. Debían conservarlo hasta el día 14 de ese mismo mes. En el crepúsculo de la tarde, al comienzo del día 14, (literalmente “entre las dos tardes”, que significa [aunque ha sido discutido] entre la caída del sol y la oscuridad), ellos debían sacrificar el cordero o el cabrito y prepararlo de acuerdo con las instrucciones específicas que Dios les había dado. Lo que ocurrió durante toda esa noche y la mañana siguiente constituyó la Pascua. ¿Qué fue lo que ocurrió?

1. El cordero fue sacrificado.
2. Con la sangre untaban el dintel y los dos postes de las puertas.
3. El cordero era asado.
4. Los israelitas comían el cordero en una forma solemne, con todo listo, sabiendo que los sucesos del día siguiente requerirían de mucha organización y además tendrían que viajar.
5. A los niños se les debía enseñar el significado de estos acontecimientos.
6. Ninguno debía abandonar su casa hasta la mañana siguiente.
7. A la medianoche, el Eterno pasaría por la tierra de Egipto y, al ver la sangre en los dinteles de la puerta, pasaría de largo y libraría de la muerte a los primogénitos de los seres humanos y animales que vivieran allí (los varones eran los que estaban implicados en el mandamiento dado en Éxodo 13:12-15).
8. Lo que quedara del sacrificio debía ser quemado.

Cuando llegó la mañana del 14 de abib, los israelitas, dispersos por toda la tierra de Gosén, se enfrentaron al desafío de reunirse con todas sus pertenencias para salir desde Ramesés. Para muchos, esto implicaba un viaje de más de 30 kilómetros, lo que les tomaba todo un día. Leemos que había cerca de 600.000 hombres, sin incluir los niños, y “con ellos grande multitud de toda clase de gentes” (que no eran israelitas), y un ganado numeroso. Es posible que estemos hablando de más de tres millones de personas, sin contar los animales, que salieron de Ramesés por la noche bajo una luna llena (al comienzo del día 15). Esta es una noche que ciertamente debe ser recordada, y marcó el comienzo de los Días de Panes sin Levadura.

Dicho sea de paso, la Fiesta de los Panes sin Levadura se guarda “desde el día catorce del mes por la tarde, hasta el veintiuno del mes por la tarde” (12:18). En Levítico 23:6 vemos que esto se refiere al *fin* del día 14 y, en consecuencia, el comienzo del día 15, ya que la “tarde” o caída del sol se puede aplicar al comienzo o al fin de un día, dependiendo del contexto (al respecto ver Levítico 23:32, donde la frase “comenzando a los nueve días del mes en la tarde” claramente significa el comienzo del día décimo, tal como lo vemos en el versículo 27). Para la Fiesta de los Panes sin Levadura, los israelitas debían deshacerse del pan leudado y de la levadura, y en lugar de esto comer pan sin levadura. Los impresionantes acontecimientos de la noche anterior estaban vívidos en sus mentes, porque muchas personas y muchos animales habían muerto a todo lo largo y ancho del país. Por supuesto, esto también era un tiempo de júbilo porque, finalmente, después de haber albergado muchas esperanzas y haberlas visto casi desaparecer, ¡la promesa que Dios le había hecho a Moisés se había cumplido! Las familias que tan sólo conocían la opresión y la esclavitud, ahora iban a conocer la libertad.

En el capítulo 13 aparecen registrados nuevamente los detalles de los Días de Panes sin Levadura. La Biblia revela que no solamente se debían comer panes sin levadura en estos siete días como un recordatorio de la liberación de la esclavitud en Egipto, sino que además la levadura representa todas aquellas cosas que son contrarias al camino de Dios. Notemos lo que el apóstol Pablo les escribió a los corintios: “Así que celebremos la fiesta [de los Panes sin Levadura], no con la vieja levadura, ni con la levadura de malicia y de maldad, sino con panes sin levadura, de sinceridad y de verdad” (1 Corintios 5:6-8). Durante esta fiesta, según las instrucciones de Pablo (que nos comprueban que el pueblo de Dios todavía debe guardar esas fiestas), todo el pan leudado y los agentes que se usan para leudar, que ahora incluyen la levadura y el polvo de hornear, se deben sacar de la casa. (El término *pan* es usado para describir cualquier alimento compuesto por uno o varios cereales y que haya sido horneado o cocinado, incluyendo el pan tajado, galletas, tortas, panecillos, bizcochos, etc.). Esto nos recuerda que debemos limpiar nuestras vidas de la levadura espiritual, el pecado que tan fácilmente se esparce y nos “envanece” (1 Corintios 4:6, 18-19; 5:2, 6; 8:1; 13:4).

Lectura suplementaria: Las páginas 10-25 del folleto *Las fiestas santas de Dios*.

Los primogénitos son santificados (Éxodo 12:1-13:16)

Dios les ordenó a los israelitas que santificaran (es decir, “apartar” por un propósito religioso o espiritual específico) todo primogénito de sexo masculino, tanto de los hombres como de los animales. ¿Por qué? Éxodo 13:15 nos explica que esto era debido a que todos los primogénitos, tanto de los hombres como de las bestias, fueron muertos en Egipto, y que aquellos que Dios había protegido, todos los de Israel, ahora le pertenecían a él. Los primogénitos machos de los animales limpios, debían ser sacrificados a Dios, en tanto que los primogénitos de los seres humanos y de los animales impuros debían ser redimidos (es decir, “comprados” a Dios). Un animal impuro debía ser redimido por medio del sacrificio de un cordero. En el caso de un ser humano, se debía hacer una ofrenda en lugar del sacrificio literal. Números 18:16 determina el valor de la redención. Por medio de esta ofrenda, los israelitas siempre debían recordar la forma milagrosa en que Dios los liberó de Egipto.

El milagro del mar Rojo (Éxodo 13:17-14:30)

Dios sacó a Israel de Egipto por medio de grandes señales y milagros. Se había comunicado con ellos por medio de su siervo Moisés, y ahora los estaba guiando a través del desierto. Israel estaba presenciando otro milagro: Dios los guiaba por medio de una columna de nube en el día, que también los preservaba del calor del mediodía (Salmos 105:39; Isaías 4:5-6; 25:4-5), y en la noche por medio de una columna de fuego. Pero los guiaba de una forma tal que parecía no tener ningún sentido, ya que no iban en dirección a Canaán; es más, se dirigían a lo que parecía ser una trampa mortal. Nuevamente el faraón había cambiado de parecer, y entonces los israelitas quedaron atrapados entre sus ejércitos y el mar.

Podríamos suponer que después de haber presenciado los tremendos milagros que Dios realizó, los israelitas empezarían a mostrar algo de confianza y fe en aquel que los había liberado y los había traído hasta ese punto. En lugar de esto, continuamente se quejaban y murmuraban, como un grupo de personas que parecía no entender nada de lo que Dios estaba haciendo. Sin embargo, Dios nos dice que las cosas que sucedieron en el pasado son ejemplos para *nuestro* beneficio en la actualidad (1 Corintios 10:13). Tal vez las personas, los lugares y los sucesos sean diferentes, pero las actitudes prevalecen a lo largo de los siglos.

¿Somos distintos en la actualidad? ¿No albergamos dudas acerca de la existencia de nuestro Creador? ¿No dudamos acerca de la intervención de Dios en nuestras vidas? ¿No nos quejamos, refunfuñamos o murmuramos cuando las cosas no nos salen como pensamos que deben salirnos? Cuando a nuestras espaldas tenemos el “mar Rojo”, sin señales de alivio por ninguna parte, ¿confiamos realmente en las palabras: “Estad firmes, y ved la salvación que el Eterno hará hoy por vosotros”? Hay un acontecimiento profetizado para los tiempos del fin que va a probar la fe de los elegidos de Dios (Apocalipsis 12:13-16). ¿Recordará el pueblo de Dios todos sus milagros, o será como los israelitas que vivieron anteriormente? Si uno puede leer acerca de Dios y creer en aquel que tuvo tanta paciencia, amor y misericordia por un pueblo testarudo y de dura cerviz, ¿por qué dudar de su paciencia, amor y misericordia hoy? Dios no hace acepción de personas (Hechos 10:34).

Mientras los ejércitos del faraón se vieron envueltos por las tinieblas de la noche, la columna de fuego estaba guiando a millones de israelitas, más una multitud de personas que no eran israelitas (12:38), y millones de animales, a través del lecho seco del mar Rojo. Esta era una enorme tarea. Un erudito hizo cálculos basado en una multitud de 2,5 millones de personas (lo más probable es que haya sido de casi tres millones). Según estos cálculos, “si marcharan en filas de a 10 personas, habrían formado un línea que se extendería cerca de 250 kilómetros, y hubieran requerido ocho o nueve días para pasar por un punto predeterminado” (Jonathan Kirsch, *Moses: A Life* [“Moisés: Su vida”], p. 175). Obviamente, como ellos cruzaron el mar Rojo en una sola noche, esto significa que los israelitas hicieron filas de muchísimas personas, no de a 10; probablemente cada fila era de cientos de personas.

Finalmente, por medio de una serie de milagros que todos ellos iban a presenciar, la rebelión del faraón iba a llegar a su fin. Muchos han dicho que los israelitas simplemente caminaron a través de un pantano o de un lago poco profundo, cuando el nivel de las aguas era muy bajo. Parte de su argumento se basa en el hecho de que el término hebreo original traducido por “mar Rojo”, es *Yam Suf*, que significa “mar de cañas”; las cañas se refieren a plantas tales como aneas, juncos y papiros. Sin embargo, la palabra *suf* también puede significar alga (Jonás 2:5). De hecho, en 1 Reyes 9:26 el golfo de Áqaba, un brazo del mar Rojo, es llamado *Yam Suf*. Otros aceptan este argumento pero dicen que los israelitas estaban caminando por una franja de arena, con marea baja, en tanto que los egipcios

perecieron ahogados cuando la marea subió. Sin embargo, la Biblia nos dice claramente que las aguas formaron unos muros a lado y lado de los israelitas (Éxodo 14:22), un milagro impresionante que no puede ser explicado por la coincidencia de fenómenos naturales.

El historiador bíblico Eugene Merrill afirmó: “Inmediatamente después de que Israel pasara, los carros de los egipcios fueron cubiertos por las aguas, algo que no puede ser explicado como un paso a través de un pantano. Se requiere de un hecho poderoso de Dios, un acto tan significativo no sólo en alcance sino también en significado que para siempre quedó como un hito en la historia de Israel con el cual se comparaba toda obra redentora y salvadora de Dios. Si no hubiera habido un milagro de las proporciones descritas aquí, todas las referencias subsecuentes al éxodo, definiéndolo como el arquetipo de la autoridad soberana y gracia salvadora de Dios, serían huecas y vacías” (*Kingdom of Priests* [“Reino de sacerdotes”], p. 66).

¿Emergerían los israelitas de este tremendo bautismo simbólico (1 Corintios 10:2) con una actitud renovada?

De un canto de jubilosa alabanza a quejas amargas (Éxodo 15)

Después de ver la milagrosa intervención del Eterno, que puso punto final a la ofensiva del ejército del faraón, los israelitas quedaron asombrados. Moisés compuso un canto, y la multitud lo cantó con sentida gratitud por la liberación de Dios. María, profetisa y hermana mayor de Moisés, dirigió a las mujeres en la danza, acompañada por panderos. ¡Si el capítulo pudiera terminar con este final feliz! Pero era tiempo de seguir adelante y transcurrieron tres días sin que se encontrara ninguna fuente de agua. Sus reservas se habían agotado y el pueblo tenía mucha sed.

En el árido clima de la región, tanto las personas como los animales necesitaban agua en grandes cantidades todos los días. El agua se guardaba en pieles de animales, que “sudaban”. Cuando el viento seco golpeaba en las pieles, esto tenía un efecto refrescante, y la enfriaba. Pero con un número tan grande de personas y animales, se necesitaba una enorme cantidad de agua. ¿Le pidió la gente a Dios para que supliera sus necesidades, a aquel que los había salvado y hasta el momento les había dado todo lo que necesitaban?

Desafortunadamente, sólo habían transcurrido unos pocos días desde semejante despliegue de poder en el mar Rojo y ya encontramos a los israelitas quejándose delante de Moisés. Cuando llegaron al oasis llamado Mara, llamado así porque el agua era amarga, nuevamente Dios se valió de un milagro para enseñarles una lección. Además de purificar las aguas milagrosamente, por misericordia y a pesar de sus quejas, Dios hizo un pacto con los israelitas. Mientras confiaran en él y lo obedecieran, él también sería su sanador. Las enfermedades y sufrimientos que les había enviado a los egipcios por su ignorancia, irrespeto y desobediencia a las leyes justas de Dios, no afligirían a los israelitas.

Parte de la promesa que Dios hizo a Israel de que escaparían de las enfermedades y plagas, estaba relacionada con la obediencia a los estatutos que les había dado con respecto a la salud física. Hay muchos principios de la salud que Dios dio por medio de Moisés y los podemos encontrar en todo el Pentateuco. Tienen que ver con la higiene pública, el suministro de agua, eliminación de los desechos, una dieta adecuada y control de las enfermedades infecciosas. Ya que Dios les dio una instrucción tan detallada en estas cosas, tal vez esto pueda implicar que mientras Israel se encontraba en Egipto no estaba viviendo de acuerdo con las leyes de la salud de Dios. Los médicos S.I. McMillen y David E. Stern, en su libro *None of These Diseases: The Bible's Health Secrets for the 21st Century* [“Ninguna de estas enfermedades: Los secretos para una buena salud en el siglo 21 según la Biblia”], 2000, pp. 9-11), escribieron que las prácticas sanitarias y médicas de Egipto eran abominables. Hay una lección para nosotros en esto. Dios quiere que tengamos buena salud y además él es nuestro sanador. Sin embargo, si en la actualidad no vivimos de acuerdo con lo que sabemos son unos sabios principios para la buena salud, no estaremos haciendo todo lo que está a nuestro alcance para mantener la salud, y muy seguramente nos enfermaremos. Dios espera que vivamos sabiamente y hagamos lo que podamos para conservar nuestra salud en buen estado.

Cuando los israelitas llegaron a otro oasis, llamado Elim, había un pozo para cada tribu. También leemos que había 70 palmeras, número que más adelante correspondió al número de ancianos de Israel (Números 11:24-25).

Dios les da el pan diariamente (Éxodo 16)

Cerca de un mes y medio después de haber salido de Ramesés, la comida que habían preparado y guardado para el viaje, se había terminado. Pero en lugar de pedirle a Dios que les proveyera lo que necesitaban, los israelitas nuevamente se quejaron y murmuraron contra Moisés y Aarón. Moisés les recordó que las quejas no eran contra él sino contra Dios mismo. Sin embargo, nuevamente Dios fue paciente y misericordioso con su pueblo. Él hizo que el siguiente milagro fuera también una prueba. Dios les iba a dar a los israelitas, diariamente, el pan que necesitaban. Ellos lo llamaron *maná*, que quiere decir “¿Qué es esto?”, porque era un alimento completamente desconocido hasta ese momento. La Biblia lo llama “trigo de los cielos” y “pan de nobles” (Salmos 78:25). En esta nueva provisión para los israelitas había varios milagros. Además del suministro milagroso del alimento, Dios les dio instrucciones específicas para que lo recogieran y almacenaran. Guardar el maná de un día para otro en cualquiera de los cinco primeros días de la semana, haría que el maná se descompusiera y se pudriera. Pero esto no sucedería cuando el viernes recogieran el doble de maná y lo guardaran para el sábado (desde el atardecer del viernes, hasta el atardecer del sábado). Este maná alimentaría durante 40 años a los israelitas, hasta el momento en que Dios les permitiera entrar en la Tierra Prometida. Dios también ordenó que guardaran cierta cantidad dentro de un recipiente para que sirviera como un recordatorio de sus promesas. Este maná, guardado en una urna de oro dentro del arca del pacto (Hebreos 9:4), fue conservado milagrosamente durante muchos siglos, y nunca se descompuso ni se pudrió. Este milagroso pan del cielo era un tipo de Jesucristo, el “verdadero pan del cielo” (Juan 6:32-35).

Dios proveyó a su pueblo con el alimento que necesitaba. Por su parte, se esperaba que los israelitas obedecieran las leyes que él estaba comenzando a revelarles. Es necesario tener en cuenta que este episodio que estamos estudiando sucedió *antes* de los acontecimientos del monte Sinaí, cuando los Diez Mandamientos les fueron promulgados a los israelitas y se celebró lo que conocemos como el antiguo pacto. Pasajes como Éxodo 15:26 y 16:28, así como otros (por ejemplo, Génesis 2:3; 7:2; 26:5) nos comprueban que las leyes y estatutos de Dios estaban vigentes mucho antes de que los israelitas llegaran al monte Sinaí. O sea que el antiguo pacto no fue lo que hizo que las leyes entraran en vigencia; este es un concepto erróneo arguyen todos aquellos que tratan de decir que la ley de Dios ha sido abolida porque la muerte de Cristo puso fin al pacto celebrado en el Sinaí.

Tengamos en cuenta que Dios realizó el milagro del maná no solamente para alimentar a su pueblo, sino también *para enseñarles a guardar el sábado* (v. 29), a *obedecer su ley* (v. 28), *antes* de celebrar el pacto en el monte Sinaí. Él se lo dio como una *prueba* (v. 4). Aun en la actualidad el sábado sigue siendo un mandamiento de *prueba*, uno que realmente demuestra de una manera evidente quién está verdaderamente entregado al camino de vida de Dios. De hecho, en nuestra sociedad actual, muchos estarían prestos a aceptar un camino de vida en el cual no se permita robar, ni matar, ni adular, ni maldecir a Dios, etc. Pero ¿qué hay acerca de guardar el sábado? Esto es algo “extraño”, dirían muchos.

Muchas de las personas que guardan el sábado han perdido sus empleos y han tenido que afrontar problemas para poder guardar el séptimo día tal como Dios lo ha ordenado. Al final, sin embargo, todo esto ha sido para su bien, porque guardar el sábado es una verdadera bendición. Pero en algunas ocasiones, se requiere de una fe verdadera y de valor para poder vivir de acuerdo con esta convicción. No debe extrañarnos que el sábado sea una de las señales que verdaderamente identifican el pueblo de Dios (Éxodo 31:13), un símbolo visible que muestra quién está dispuesto a caminar según las instrucciones de Dios, sin importar los obstáculos que se presenten. Por supuesto, esto no quiere decir que todos los que guardan el sábado están verdaderamente consagrados a Dios; puede ser algo fingido, como sucedía con la mayoría de los fariseos de la época de Jesús. A pesar de esto, el sábado es una señal externa muy importante que Dios le ha dado a su pueblo. Y en la sociedad actual, sin lugar a dudas es un mandamiento de prueba.

¿Está ganando usted la prueba de Dios? Aun aquellos que guardamos el sábado, debemos examinarnos regularmente para ver si lo estamos guardando de una manera apropiada (Isaías 58:13-14).

Lectura suplementaria: El folleto *El día de reposo cristiano*.

¿Está Dios entre nosotros? (Éxodo 17)

Hasta ahora hemos visto algo que se repite continuamente en el libro del Éxodo. El faraón no era el único que tenía una dura cerviz, los israelitas también. ¿Cuál era la diferencia? Dios estaba haciendo de los israelitas un pueblo es-

pecial, apartado de entre los demás, debido al pacto que había hecho con Abraham (Deuteronomio 7:7-8). Ellos tenían una oportunidad especial porque Dios estaba tratando directamente con ellos. Y sin embargo, continuamente se oponían al amor que Dios sentía por ellos. Otra vez se quejaron y murmuraron contra Moisés, y en esta ocasión de una manera casi violenta. Lo ocurrido en Masah, nombre que significa “prueba”, también llamada Meriba, que significa “rencilla”, llevó a que los israelitas se atrevieran a preguntar: “¿Está, pues, el Eterno entre nosotros, o no?” (Éxodo 17:7). Su actitud fue desastrosa. Ellos habían visto cómo Dios había destruido a Egipto con las plagas, los había liberado de Egipto, habían caminado a través del mar Rojo por tierra seca, habían visto cómo habían desaparecido los egipcios y que el agua amarga se convertía en agua potable. Todos los días tenían el milagro de su provisión del maná. En todo momento la columna de la presencia de Dios estaba sobre ellos. Nosotros también, al igual que estos israelitas duros de cerviz, olvidamos en algunas ocasiones la milagrosa intervención de Dios en nuestras vidas. O peor aún, *escogemos* olvidar.

Por sorprendente que parezca, Dios continuó siendo increíblemente misericordioso con los israelitas en esta situación. Ni siquiera los reprochó. En lugar de esto, les proveyó con lo que necesitaban. Él le dijo a Moisés que golpeara la roca para que el agua brotara de ella, y con esto parece que estaba creando una fuente estable para suplir las necesidades de la gente y del ganado.

El capítulo 17 también habla de la batalla que libró Israel contra los amalecitas. Amalec era un descendiente de Esaú (Génesis 36). En Deuteronomio 25:17 encontramos una descripción más detallada de esta confrontación, y ahí nos explica cómo de una manera cobarde, los amalecitas atacaron a los israelitas por la espalda, hiriendo a los rezagados y débiles. Dios consideró que este acto era algo despreciable y profetizó que finalmente los amalecitas serían borrados de la faz de la tierra. Esta profecía fue cumplida en parte por el rey Saúl (1 Samuel 15:18) y en mayor grado por los simeonitas en los días de Ezequías (1 Crónicas 4:41-43), y llegará a su cumplimiento total cuando los descendientes de Esaú en general sean destruidos al regreso de Cristo (Abdías 18). En la confrontación con los amalecitas que aparece en Éxodo 17, Dios escogió mostrar su manera de obrar con Israel por medio de Moisés, su siervo escogido, en tanto que él mantuviera en alto “la vara de Dios” (v. 9). De esta forma, aunque Moisés era el principal instrumento entre los seres humanos en ese momento, el milagroso poder de Dios seguía siendo el centro de todo. Mientras la vara de Dios se mantuviera en alto, Israel prevalecía en la batalla. Realmente es muy interesante notar que Moisés no podía servir a Dios y al pueblo por sus propias fuerzas. En lugar de esto, necesitaba ayuda —personas que le sostuvieran los brazos— algo que resalta más en el capítulo siguiente.

El consejo de Jetro (Éxodo 18)

Es posible que Séfora haya regresado a Madián, donde su padre, después del enfrentamiento que tuvo con Moisés por la circuncisión de su hijo. La Biblia nos dice que Moisés la envió de regreso, pero no es muy claro el momento en que ocurrió. No aparece registrado el hecho de que la familia entera haya salido de Egipto. Ahora, lo que encontramos es que Jetro trae la esposa y los hijos de Moisés de regreso.

Jetro también le da a Moisés algunos consejos para que lleve a cabo sus responsabilidades como el dirigente de la nación. Así como en el capítulo anterior Moisés se había cansado de cargar con toda la responsabilidad delante de Dios, así también ahora estaba afrontando por sí solo toda la responsabilidad de resolver los problemas de la gente. Al observar esto, Jetro le recomendó que estableciera un sistema administrativo organizado para que le ayudara a bregar con los asuntos de millones de personas y animales. Es necesario recordar que Jetro era un dirigente entre los madianitas, y tenía muchos años de experiencia en esto.

Algunas personas han argumentado que esta clase de jerarquía es contraria a la voluntad de Dios. Pero debemos tener en cuenta que Jetro le dijo a Moisés que debía instituir esta clase de administración jerárquica solamente si Dios se lo ordenaba (v. 23). Y es inconcebible pensar que Moisés, hablando con Dios todos los días, hubiera hecho esto sin consultarle a él. Además, es muy claro que Dios sí sancionó este sistema, porque más adelante él ordenó que se escogieran 70 ancianos entre los que ya eran “ancianos” o “principales” del pueblo (Números 11:16), es decir que habían sido parte del sistema administrativo.

Al igual que los capítulos 15 y 16, el capítulo 18 nos revela también que las leyes y los estatutos de Dios estaban siendo enseñados mucho antes de su declaración formal en el monte Sinaí (v. 16).

Israel llega al monte Sinaí (Éxodo 19)

Dios reiteró nuevamente su pacto con Israel a su siervo Moisés. Moisés llamó a los ancianos de Israel y les repitió las palabras de Dios. Los ancianos a su vez se las repitieron al pueblo de Israel. Esto nos da una explicación más clara acerca de cómo se comunicaba Moisés con cerca de tres millones de personas. Ahora llegamos al momento en el cual Dios estaba planeando hablar con Moisés y todo el pueblo de tal forma que todos pudieran oír la voz de Dios. Pero había unas instrucciones especiales que las personas debían seguir para que pudieran estar cerca de la presencia de Dios. Alrededor del monte se debían establecer unos límites con el fin de que las personas no pudieran tocarlo. La prohibición de tocar el monte tenía el propósito de enseñarles un sentido de temor y respeto hacia el Dios vivo, y para demostrarles la necesidad de un mediador. Las personas tenían que estar limpias, con sus vestiduras lavadas. Y en el día en que Dios se le apareció a Moisés en el monte, las parejas casadas debían abstenerse de tener relaciones sexuales. El hecho de llevar ropas limpias y abstenerse de las relaciones maritales eran signos externos que demostraban que se habían santificado antes de que Dios les hablara. Esto no implica que las relaciones sexuales legítimas sean espiritualmente impuras. En el Nuevo Testamento, el apóstol Pablo sugiere que abstenerse en ocasiones de tener relaciones maritales, *por un breve período*, puede ser conveniente cuando se hace con el propósito de dedicarse a Dios en ayuno y oración (1 Corintios 7:5). Después de que Moisés ascendiera al monte, Dios tuvo que enviarlo de regreso porque la curiosidad se estaba apoderando de la gente. Después de advertirle nuevamente al pueblo, Moisés regresó al monte con Aarón.

La época en que ocurrió todo esto es muy interesante. La tradición judía asegura que la ley fue dada en la Fiesta de las Primicias o Pentecostés, que no puede ocurrir más tarde del 10 u 11 de siván, el tercer mes del calendario hebreo. El versículo 1 dice que este era el tercer mes después de la salida de Egipto, aunque algunos interpretan que la frase “en el mismo día” significa el mismo día del mes en el que los israelitas salieron de Egipto. Esto sin embargo, significaría que ellos arribaron al monte Sinaí en el 15 de siván, y la ley les hubiera sido dada en el 17 de siván (comparar los versículos 10 y 11), demasiado tarde para Pentecostés. Sin embargo, si la frase “en el mismo día” se entiende como el mismo día en que Jetro se fue, tal como está establecido en el versículo anterior (18:27), entonces Pentecostés puede encajar perfectamente. “El mismo día” también puede significar el mismo día de la semana en que los israelitas habían salido de Egipto, lo que también nos permitiría que los Diez Mandamientos hubieran sido dados en Pentecostés.

En realidad, hay temas fundamentales de Pentecostés que están presentes aquí: la consagración de Israel como el pueblo escogido, las “primicias”; el comienzo de la iglesia del Antiguo Testamento, “la congregación en el desierto” (Hechos 7:38), así como Pentecostés marcaría el comienzo de la iglesia del Nuevo Testamento (Hechos 2); la promulgación de la ley, y más adelante en un día de Pentecostés, el pueblo de Dios recibiría el poder para guardar la ley, por medio del Espíritu Santo (Lucas 24:49; Romanos 8:7); Dios descendió al monte con gran ruido y temblor, “en fuego” (Éxodo 19:18), como más tarde su presencia descendería sobre los discípulos de Cristo con gran ruido y en lenguas como de fuego (Hechos 2); el comienzo del antiguo pacto, de la misma forma en que Pentecostés marcaría el recibimiento de “mejores promesas” en el nuevo pacto, especialmente en lo que se refiere al don del Espíritu Santo (Hebreos 8:6). Aunque esto es diferente en la nueva relación que Dios quiere establecer con su pueblo, en el antiguo pacto había cierta separación entre el pueblo y Dios, como lo demuestran vívidamente los límites alrededor del monte. Para más detalles, puede leer Hebreos 12:18-28.

El contraste entre el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento es ilustrado muy gráficamente al comparar dos versículos: “Y señalarás término al pueblo en derredor” (Éxodo 19:12) y “acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe” (Hebreos 10:22). Por medio del sacrificio de Jesucristo y su intercesión como nuestro Sumo Sacerdote en la actualidad, Dios nos ha dado la oportunidad de presentarnos delante de su trono de gracia (Hebreos 4:14-16).

Lectura suplementaria: Las páginas 26-31 del folleto *Las fiestas santas de Dios*.

Los Diez Mandamientos (Éxodo 20)

Aunque el Decálogo era conocido desde hacía mucho tiempo, este es el primer registro escrito que encontramos de los Diez Mandamientos de Dios reunidos, mandamientos que podemos encontrar en su ley más elemental, la del amor (Marcos 12:29-31). Los primeros cuatro nos señalan cómo podemos tener una amorosa relación con Dios.

Los seis últimos nos revelan cómo podemos tener una relación afectuosa y respetuosa con nuestros semejantes. Aunque se tenía conocimiento de las leyes de Dios desde mucho antes (Génesis 26:5), todo parece indicar que la mayoría de los israelitas había perdido de vista estos requisitos en las generaciones que transcurrieron durante su esclavitud en Egipto, de manera que fue necesario revelárselos nuevamente.

En la actualidad, muchos creen que Moisés fue quien dio los Diez Mandamientos al antiguo Israel. Pero la Biblia nos revela claramente lo contrario. Dios mismo fue quien habló con ellos, y su voz era la que salía de la nube que estaba encima del monte Sinaí (Éxodo 20:1). Más tarde, Dios también los escribió —*con su propio dedo*— en “dos tablas de piedra” (31:18; 24:12; Deuteronomio 5:22). Más tarde, los volvió a escribir (Éxodo 34:1). Para definir quién dio los mandamientos realmente, debemos comprender que en la época de Cristo, muchos siglos después, ninguno había oído la voz de Dios el Padre (Juan 5:37). El “Dios” que dio los mandamientos es llamado en el Antiguo Testamento “la Roca” (Deuteronomio 32:4, 15, 31; Salmos 18:2, 31, 46). De acuerdo con el Nuevo Testamento, “la roca era Cristo” (1 Corintios 10:4). Aquellos que piensan que Jesús abolió los mandamientos de su Padre, están completamente equivocados. En su Sermón del Monte (Mateo 5-7), él “magnificó” los mandamientos y explicó su intención espiritual, haciéndolos en esencia *más aplicables* a nosotros (Mateo 5:17-20). De hecho, ¡Cristo es quien inicialmente dio los mandamientos en nombre de su Padre, tanto a Israel como a la iglesia del Nuevo Testamento!

La declaración de la ley fue un acontecimiento tan impresionante que los israelitas temieron por sus vidas. Ellos pudieron no solamente oír, sino que además sintieron cómo la tierra se estremecía por los rayos y el sonido de las trompetas. Numerosos rayos brillaban y la montaña humeaba. Dios estaba demostrando una pequeñísima fracción de su grandeza y gloria delante de su pueblo escogido. Esta demostración sobrecogedora no pretendía aterrorizar a la gente, pues Dios no quería hacerles daño. El propósito de Dios era el de enseñarles a temerlo y respetarlo, para que no pecaran (v. 20). Debió haber sido una experiencia sobrecogedora para los israelitas. Pero como Dios dijo: “¡Quién diera que tuviesen tal corazón, que me temiesen y guardasen todos los días todos mis mandamientos, para que a ellos y a sus hijos les fuese bien para siempre!” (Deuteronomio 5:29). Como veremos, su respeto y obediencia no duraron mucho.

Lectura suplementaria: El libro *Los Diez Mandamientos*.

Los juicios (Éxodo 21)

Cuando Dios les dio sus Diez Mandamientos, “no añadió más” (Deuteronomio 5:22). Era una ley espiritual completa. Pero Dios sabía que una nación física tendría necesidad de una administración civil más detallada para definir lo que era un crimen y qué juicios tendrían que ejecutarse cuando se produjeran ciertas violaciones específicas. Él ya había decretado la pena de muerte desde la época de Noé. No sabemos si dio otros juicios en esa época, aunque parece probable que sí. Los juicios eran necesarios porque Dios sabía que la gente no iba a permanecer casta, cumpliendo la ley (Éxodo 22:16). Él sabía que tratarían de sacar provecho de otros (22:25) y se estaba adelantando a estas eventualidades. Sus juicios existen debido a las fallas de los seres humanos. Los castigos no serían necesarios si las personas obedecieran siempre; pero no iban a hacerlo, y esto podría tener graves repercusiones en su establecimiento como nación. Así que además de las tablas con los Diez Mandamientos, Dios le dio a Moisés los juicios. Estos juicios estaban basados en la ley de amor de Dios y tenían que ver con las relaciones interpersonales.

Dios permitió la esclavitud, pero de una forma muy distinta de como nos la imaginamos hoy. Un israelita se podía convertir en esclavo debido a la pobreza, a las deudas o a un crimen. Después de servir durante seis años, Dios ordenaba que se liberara al siervo y se le ayudara a reestablecer de tal manera que pudiera estar en mejor condición y así evitar que tuviera que pasar por lo mismo nuevamente (Deuteronomio 15:12-15). La esclavitud de los israelitas era similar a la de una servidumbre escriturada. No tenía el propósito de castigar duramente. La intención era permitirle a la persona empezar de nuevo y ayudarlo a tener éxito en la vida. Dios también les dio leyes para regular el tratamiento de los esclavos. De hecho, él esperaba que algunos fueran tratados tan bien que quisieran quedarse con sus amos aun cuando llegara el momento en que pudieran ser libres (vv. 16-18).

Maldecir o golpear a los padres era castigado con la pena capital. Este juicio estaba basado en el quinto mandamiento: “Honra a tu padre y a tu madre”. Tal vez este castigo nos parezca cruel e inhumana en este siglo 21, pero lo que se pretendía con esto era que Israel no tuviera niños rebeldes, como lo vemos tan frecuentemente ahora en nuestras sociedades tan supuestamente avanzadas. Si un hijo rebelde era capaz de mostrar tan poco respeto por la autoridad, llegando hasta el punto de maldecir o golpear a su propia madre o a su propio padre, no habría nada que

se pudiera hacer para impedir que hiriera o que matara a otros. Esta ley ayudaba a remover a todos aquellos que se burlaban de la autoridad y no tenían el menor deseo de ejercer dominio propio, antes de que se convirtieran en una amenaza para la gente inocente a su alrededor. Cuando esta ley se hacía cumplir, la sociedad se veía libre de jóvenes impetuosos e incontrolables que decidieran vivir de una manera tan peligrosa para los demás.

La expresión “ojo por ojo, diente por diente” no estaba destinada a promover actos de venganza. No necesariamente debía tomarse literalmente (aunque “vida por vida” y “golpe por golpe” pudieran ser tomadas literalmente). El principio era que el castigo no debía ser más severo de lo que merecía el crimen. En ciertas circunstancias, la pena de muerte era el castigo, pero en otros casos leemos que había varias formas de redimir al culpable.

Las leyes de Dios no son una carga para su pueblo. Por el contrario, se imponen para *prevenir* que ocurran problemas. Todas las personas compartían la responsabilidad no sólo de resolver los problemas, sino también de prevenirlos. Vamos a leer mucho más acerca de la ley de Dios, tal como la expresan sus mandamientos, estatutos, juicios y ordenanzas. Dios los reveló y con ello definió lo que para él es amor. El cumplimiento de la ley es el amor (Romanos 13:10).

Los juicios relativos a la propiedad y a la inmoralidad (Éxodo 22)

Al leer los justos juicios de Dios, resulta evidente que no son directrices anticuadas y pasadas de moda, totalmente ajenas a nuestra situación actual. En lugar de ello, estas leyes regulan sabiamente a una nación y debemos darnos cuenta de que su aplicación es algo de sentido común.

Podemos ver que muchas actitudes libertinas hacia las relaciones sexuales antes del matrimonio y fuera del matrimonio, así como la homosexualidad y otras prácticas sexuales viles que en la actualidad han sido legalizadas, bajo la administración establecida por Dios hubieran sido castigadas con sentencia de muerte. En la antigua Israel, la brujería también merecía la pena capital. Y sin embargo, en la actualidad, el espiritismo y el ocultismo tienen cada vez más adeptos. En la televisión y los periódicos hay avisos que invitan a las personas a llamar y a averiguar acerca de su futuro por medio de síquicos y astrólogos.

Actualmente, las prisiones están llenas, y con mucha frecuencia lo único que hacen es enseñarles a los criminales a ser más violentos o más refinados en sus habilidades para hacer el mal. Si las naciones siguieran las leyes bíblicas de la restitución, se necesitaría tan sólo un encarcelamiento temporal, mientras el agresor es juzgado, si es que supone un peligro para otros; pero no existirían estas prisiones repletas de violencia que ahora hay.

El pueblo de Dios debía ser un pueblo *santo*. Debía representar a Dios tanto en su apariencia como en su forma de vestir, en su forma de hablar y en su conducta, y aun en la forma en que mataba, preparaba y comía los animales. Dios no ha abolido estos principios. ¡Conviene leer estos juicios cuidadosamente!

Varias profecías que estudiaremos más adelante nos muestran que cuando Jesucristo regrese y establezca su reinado aquí en la tierra, hará cumplir las leyes santas y justas de Dios. Después, todas las personas van a recibir la oportunidad de conocer, entender y vivir de acuerdo con todas estas leyes justas y equitativas.

Más que “Tú no . . .” (Éxodo 23)

Dios le reveló a Israel leyes que prohibían calumniar, murmurar y mentir; todas están basadas en el noveno mandamiento: “No hablarás contra tu prójimo falso testimonio”. Dios no hace acepción de personas y nos ordena tratar a todas las personas de la misma forma. Él mira la actitud de nuestro corazón, que se manifiesta por la forma en que vivimos diariamente. La obediencia a Dios es mucho más que una lista de cosas que podemos y no podemos hacer. La ley nos dice que debemos servir a otros. Aunque tengamos dificultades con el prójimo, si no lo ayudamos cuando lo necesita, estamos violando la ley de Dios.

Dios también reveló leyes que le ayudan a la humanidad a relacionarse con el medio ambiente. Una de estas leyes, la del descanso sabático, está registrada en este capítulo. El propósito de esta ley era el de permitir que la tierra regenerara la fertilidad. Cuando se practica, esto permite que haya cosechas más abundantes y saludables en el futuro. Pero en la actualidad muchos desechan esta ley e inundan la tierra con toda clase de fertilizantes químicos y plagui-

cidas. Esto es algo que al hombre le ha parecido derecho, pero en realidad nos ha causado toda clase de problemas, incluso, finalmente, la muerte (Proverbios 14:12; 16:25).

Es interesante tener en cuenta que había otro propósito en la ley del reposo de la tierra: permitirles a los pobres y humildes que cosecharan libremente de lo que la tierra produjera, sin necesidad de plantar o cultivar (con toda seguridad habría frutos en los viñedos y en los huertos). Así, esta ley acerca de la tierra tenía como objeto promover una conciencia social hacia el prójimo, especialmente los menos favorecidos. Por encima de todo, este era un acto de fe, porque los israelitas tenían que confiar en que Dios iba a proveerles todo lo que necesitaran en ese año en que ni plantaban ni cosechaban.

Un pueblo escogido; compartiendo con Dios (Éxodo 24)

Sin lugar a dudas, debió ser una ardua labor el poner por escrito las palabras que Dios habló a Moisés. Estos escritos forman parte de un libro llamado “el libro del pacto”, también descrito en otros lugares como “el libro de la ley”. Moisés leyó las palabras de Dios al pueblo, quienes estuvieron de acuerdo en hacer todo lo que Dios les había ordenado. De esta manera quedó confirmado el pacto matrimonial que Dios hizo con Israel (Jeremías 3:14; 31:32), sellado con sangre. En forma análoga, la sangre de Jesucristo dio comienzo al nuevo pacto.

Lo que Dios ordenó en los versículos 1-2 de este capítulo no se llevó a cabo hasta el versículo 9, cuando se les permitió a Josué, Aarón, Nadab, Abiú y 70 de los ancianos de Israel, que subieran hasta cierto punto del monte para adorar a Dios estando apartados de la congregación. Sin embargo, a Moisés fue al único que se le permitió acercarse a Dios. Aparentemente, lo que los ancianos vieron fue una manifestación de Dios a través de la persona de Jesucristo antes de su encarnación. También parece que ellos tuvieron una visión del trono de Dios. En otros pasajes el zafiro es utilizado para describir el trono de Dios (Ezequiel 1:26; 10:1). Después Moisés subió hasta la cima del monte con Josué, quien se quedó a cierta distancia mientras Moisés estaba con Dios durante 40 días y 40 noches.

Planos del interior del tabernáculo (Éxodo 25)

Ahora leemos acerca de los planes para la construcción del tabernáculo, en donde Dios dijo que moraría en la tierra, en medio de los israelitas. Analicemos algunos detalles que tal vez leemos muy de prisa sin detenernos demasiado en ellos.

Los israelitas debían presentar ciertas ofrendas. Sólo se aceptarían las ofrendas voluntarias. Dios no quiere que le demos algo por obligación, a regañadientes, sino con una actitud alegre y llena de gratitud (2 Corintios 9:7).

El arca del testimonio, llamada en otros lugares el arca del pacto, debía contener las dos tablas de los Diez Mandamientos. En realidad, parece que esto era lo único que había *dentro* de ella (1 Reyes 8:9). Mientras que Hebreos 9:4 parece indicar que en el arca había una vasija de oro llena de maná y la vara de Aarón que había florecido, se ha especulado que tal vez estas cosas estaban guardadas en un pequeño recipiente que estaba al lado del arca. Algunos han sugerido que es posible que originalmente la vasija y la vara estuvieran en el arca y después las removieran. Pero es poco probable que alguien haya saqueado el contenido del arca, excepto cuando fue tomada por los filisteos y cuando los hombres de Bet-Semes miraron en su interior (1 Samuel 6:19). Sin embargo, Dios hizo que el arca regresara milagrosamente desde la tierra filisteas y castigó a los hombres de Bet-Semes que miraron dentro de ella. Él no menciona para nada la posibilidad de que tomaran algo de su interior, y aunque lo hicieran, no dice por qué no hizo que lo devolvieran. Sin embargo, es *posible* que el maná y la vara que al comienzo estuvieron en el arca, más adelante se hubieran extraviado.

Al lado del arca se debía colocar el libro del pacto (Deuteronomio 31:26). Todos los artículos mencionados eran “testimonios” —como los testigos que se citan en un tribunal— de la milagrosa intervención de Dios a favor de los hijos de Israel. Encima del arca estaba el propiciatorio, otro “testigo” de la misericordia eterna de Dios, representada por su mismísimo trono.

Dios también les dio entendimiento acerca de la apariencia de los querubines, seres que forman parte del reino angelical, creados para servir a Dios. En las cortinas del tabernáculo también se bordaron representaciones de los querubines (Éxodo 26:1). Las representaciones artísticas de estas majestuosas criaturas, descritas con más detalle en el libro de Ezequiel, eran tan sólo “imágenes” de las cosas celestiales, permitidas en el sistema de adoración de Dios.

Por supuesto, no debían ser adoradas. Es claro que no existía una imagen de Dios, algo que era muy común en los templos paganos.

El pan de la proposición, compuesto por 12 barras, una para cada tribu de Israel, es descrito con más detalles en Levítico 24:5-9. Su nombre se deriva del sitio simbólico que ocupaba delante de Dios. Otras traducciones lo llaman el “pan de la presencia”. Esto significa que estaba en la presencia de Dios, de la misma forma en que la nación de Israel lo estaba, ya que la presencia de Dios estaba con ellos.

En el último versículo del capítulo leemos que a Moisés no solamente se le dijo cómo debía hacer los utensilios, sino que en realidad él “vio” el modelo celestial correspondiente. De hecho, la Epístola a los Hebreos nos dice que el tabernáculo y todas las cosas que había en él, eran “copia y sombra del que está en el cielo” (Hebreos 8:5; 9:11, 23-24, NVI).

Más detalles del diseño del tabernáculo (Éxodo 26-27).

La palabra *tabernáculo* proviene de una palabra en latín que significa “tienda de campaña”. Si traducimos literalmente la palabra hebrea, ésta quiere decir: “morada”. Se puede referir solamente a la tienda en sí, o a la tienda y al lugar que la rodea. De cualquier forma es obvio que se refería a algo temporal, algo que se podía transportar. En este sentido, la morada de Dios continuó siendo algo temporal hasta la época de Salomón, cuando el tabernáculo fue reemplazado por el templo, una estructura fija. Este acontecimiento posterior es interpretado por algunos como un precursor del Reino de Dios, cuando Jesucristo ocupará una residencia permanente en la tierra. Según eso, la época del tabernáculo se asemeja a la presencia de Dios en su pueblo, en la “tienda” física de nuestros cuerpos temporales (2 Corintios 5:1-4).

En Éxodo 26 y 27, nuevamente leemos el intrincado diseño del Maestro Constructor. Para la construcción del tabernáculo y sus utensilios, solamente se podían usar los materiales más finos que se pudieran conseguir. La madera de acacia era propia de la región y era liviana, fuerte y hermosa; era, además, resistente a las plagas y a los insectos. Dios fue muy específico en las instrucciones para la construcción del tabernáculo e hizo hincapié en que debían seguir las fielmente. Es lo mismo que sucede con sus leyes. El hombre no debe añadir ni quitar nada de sus leyes (Deuteronomio 4:1-2; Apocalipsis 22:18-19). Cuando Dios diseña y construye algo, lo hace de acuerdo con un plan detallado, previamente concebido. Su creación no es el resultado de alguna explosión cósmica, con asteroides que colisionan al azar para formar más tarde una masa justo en el lugar en donde la Tierra tenía que estar, en el sitio exacto del sistema solar para poder sustentar la vida humana.

Al leer estos capítulos, debemos apreciar los delicados y finos detalles de la labor de Dios. Y es necesario además que tengamos en cuenta lo que dice en Lucas 16:10 acerca de la forma en que Dios juzga nuestro carácter: “El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel; y el que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto”.

Las vestiduras de los sacerdotes; el Urim y Tumim (Éxodo 28)

Así como Moisés era el dirigente civil de la nación de Israel, el sacerdocio sería perpetuado a través de la línea de Aarón. El servicio de los levitas todavía no había sido establecido, y no se hizo hasta que Israel se rebeló, en el episodio del becerro de oro, que pronto vamos a leer. Es necesario darnos cuenta de la increíble y detallada atención que Dios les prestó a las vestiduras de los sacerdotes. La adoración a Dios no es algo que podemos tomar a la ligera. Cuando nos presentamos delante de Dios en la actualidad, estos principios todavía están vigentes. Ya que Dios llama a su iglesia un linaje escogido y real sacerdocio (1 Pedro 2:5, 9), cuando nos reunimos para adorar a Dios debemos vestirnos y arreglarnos lo mejor que podamos.

Todo lo que Dios hace tiene un propósito. En esta ocasión, Dios inspiró a los artesanos para que hicieran las vestiduras sacerdotales. Las dos piedras de ónice que tenían grabados los nombres de las tribus de Israel, y el pectoral del juicio, también con sus nombres, simbolizaban la labor intercesora de los sacerdotes, que representaban al pueblo delante de Dios. Debían estar sobre el corazón del sacerdote para que a él no se le olvidara su responsabilidad. Sobre su frente, que representa los pensamientos de la mente, estaba el grabado que simbolizaba la devoción a Dios. Las campanillas de las vestiduras tenían un propósito específico: “Se oirá su sonido cuando él entre en el santuario”. Según la *Biblia de estudio de Nelson*, “este sonido les aseguraría a los que estaban afuera, que el sacerdote estaba intercediendo por ellos” (nota acerca de los versículos 33-35).

En el versículo 30 se menciona el “Urim y Tumim”, que en hebreo significa literalmente “las luces y perfecciones”. La versión griega del Antiguo Testamento lo traduce por “revelación y verdad”. Ya que en las Escrituras la luz representa con frecuencia el conocimiento de Dios, tal vez podríamos parafrasear lo que dice en hebreo como perfecto conocimiento de su voluntad, lo que era discernible por este medio. Actualmente, no sabemos con certeza en qué consistía el Urim y Tumim, excepto por el testimonio de Flavio Josefo, historiador judío del primer siglo, quien al hablar de los detalles acerca del efod se refiere al pectoral del juicio como el “oráculo” (del griego *logion*, que significa “palabras”) (*Antigüedades de los judíos*, libro III, cap. 7, sec. 5) porque, al parecer, comunicaba mensajes de Dios. Él llega hasta implicar que el Urim y Tumim eran las piedras del pectoral y brillaban con las piedras de ónice (o sardónice) de los hombros, que sostenían el efod en el cual estaba pegado el pectoral:

“De las piedras de que antes les hablé, que lleva el sumo sacerdote en los hombros, y que son sardónicas . . . una de ellas relucía cuando Dios estaba presente en los sacrificios; era la que hacía de botón en el hombro derecho. De ella salían rayos brillantes que podían ver aun los que estaban lejos y que no eran esplendores naturales de la piedra. Este hecho debe de parecer maravilloso a los que no se entregan a la filosofía de despreciar las cosas divinas. Y diré algo que es más maravilloso aún: Dios anunciaba de antemano, por medio de esas doce piedras que el sumo sacerdote lleva en el pecho, insertadas en el peto, cuándo saldrían victoriosos de una batalla. Antes de que el ejército se pusiera en marcha salía de ellos un esplendor tan grande que todo el pueblo sabía que Dios estaba con él para ayudarlo. De ahí que los griegos, que veneraron nuestras leyes porque no pudieron contradecir este hecho, llamaron al peto *oráculo*” (libro III, cap. 8, sec. 9).

Dios también usó esto para darles otras informaciones. David consultó el Urim y Tumim para saber si el rey Saúl iba a venir a la ciudad de Keila para destruirla, y evitar que los residentes de ella lo entregaran en sus manos (1 Samuel 23:9-12). ¿Cuál fue la respuesta? “Sí, descenderá” (v. 11). No sabemos cómo fue dada esta respuesta exactamente. Tal vez las piedras brillaban de una manera especial para decir sí o no. De cualquier forma, es claro que el Urim y Tumim no era algo “mágico” en sí mismo. Dios había instituido esta clase de contacto, y así se comunicaba con su pueblo. Es obvio que era Dios el que causaba emanaciones sobrenaturales como las que vimos descritas anteriormente.

Preparación de Aarón y sus hijos para el servicio (Éxodo 29)

Para poder servir en el tabernáculo de Dios, era necesario realizar ciertos procedimientos para preparar y purificar a Aarón y a sus hijos. Éstos debían ser consagrados (purificados) y santificados (apartados para un propósito especial) delante de Dios. Los sacerdotes tenían que officiar delante del altar terrenal del Dios creador de todo el universo. Debían desempeñar sus funciones con un profundo sentido de reverencia, debido a la santidad de Dios (Salmos 99:9). No debían descuidarse en ningún sentido. Violar cualquier detalle que les pareciera mínimo e insignificante les podía causar la muerte. Dios es santo y debe ser obedecido y honrado según su voluntad. Hablando de Éxodo 28:43, la *Biblia de estudio de Nelson* dice: “Para nosotros es difícil comprender la seriedad de la responsabilidad de los sacerdotes, pues ministraban delante del Dios viviente. Ellos tenían que servir a Dios con un corazón puro, representando a las personas sin astucia y adorando sin desviarse de los mandamientos de Dios. Fallar implicaría un juicio, incluso la muerte. Desafortunadamente, algunos sacerdotes murieron porque no mostraron respeto a la santidad de Dios (Levítico 10:1-2; 1 Samuel 4:17; 2 Samuel 6:7). Por supuesto, esto es algo tan trascendental que nosotros también debemos preocuparnos por ello. Como hemos dicho anteriormente, Dios se refiere a su pueblo como “sacerdocio santo”, “real sacerdocio” (1 Pedro 2:5, 9); por lo tanto, debemos analizar muy seriamente estos pasajes. Sin embargo, Dios es un Dios de gracia. Si nosotros nos deslizamos y caemos, es necesario que nos arrepintemos y nos volvamos a él pidiéndole su perdón y restauración, confiando en su misericordia y bondad.

Incienso, agua y aceite; dinero del rescate (Éxodo 30)

En Éxodo 30 encontramos el resto de las instrucciones concernientes al mobiliario del tabernáculo. En este capítulo, Moisés recibe las instrucciones para construir un altar para quemar incienso. Este altar debía estar justo antes del velo que separaba el lugar santísimo del lugar santo (v. 6). Penetrante y dulce, este incienso representaba las oraciones del pueblo de Dios, que llegan delante de su trono (Salmos 141:2; Apocalipsis 5:8). Él quería que el cuarto que representaba su trono estuviera lleno de este incienso. Pero no quería que hubiera un “incienso extraño” (Éxodo 30:9), porque tal como lo explica el libro de los Proverbios: “El que aparta su oído para no oír la ley, su oración también es abominable” (28:9). Afuera del lugar santo, debían colocar una fuente de bronce para que Aarón y sus

hijos se lavaran las manos y los pies con agua antes de entrar a officiar, símbolo de la limpieza espiritual. También recibieron instrucciones acerca del aceite sagrado de la unción, el cual, lo mismo que el incienso, no debía ser copiado por otros en la congregación para su uso personal. Sólo los sacerdotes podían administrar este aceite. En este contexto, el aceite representa claramente el Espíritu de Dios.

Otro detalle interesante en Éxodo 30 es la ofrenda que se debía recolectar para la expiación cuando se hiciera el censo del pueblo; ofrenda conocida como el dinero del rescate. Moisés recibió la orden de censar al pueblo, y por cada persona que tuviera 20 años o más, se debía recibir medio siclo según el siclo del santuario, para el servicio del tabernáculo. Cada persona debía pagar un precio por su vida, reconociendo que su vida le pertenecía a Dios y que por lo tanto Dios era su dueño. Es interesante notar que a cada persona se le pidió la misma cantidad de dinero, sin importar que fuera rica o pobre.

Artesanos del tabernáculo, el sábado y las tablas del testimonio (Éxodo 31)

Para construir los utensilios del tabernáculo, fueron escogidos Bezaleel, de la tribu de Judá, y Aholiab, de la tribu de Dan. Aunque ellos habían nacido con ciertos talentos, y por lo tanto podían trabajar fácilmente con el oro, la plata, el bronce, la piedra y la madera, además del bordado y la talla, lo más importante que debemos tener en cuenta es que, al igual que había sucedido con los que habían hecho las vestiduras, Dios también los llenó a ellos con sabiduría con el fin de que pudieran cumplir con semejante responsabilidad tan importante.

En este capítulo, Dios también recalca la importancia de guardar sus sábados (los semanales y los anuales), como una señal entre él y su pueblo. Es una señal externa y un testimonio para los demás que pone de presente quién es el que sirve al Dios verdadero. Aún más, el versículo 12 nos dice: “Es señal . . . para que sepáis que yo soy el Eterno que os santifico”. Así, es una señal que continuamente nos señala hacia el verdadero Dios. Realmente, el sábado semanal nos recuerda la creación, que tal como lo dice este pasaje; nos señala al verdadero Creador, el verdadero Dios. El sábado nos recuerda que no debemos adorar los “dioses” hechos de piedras o de árboles, el sol, la luna o las estrellas, inventos de la imaginación humana, sino al verdadero Creador que hizo todas las cosas, incluso la mente humana. Los sábados de Dios nos revelan el plan de salvación que él tiene para toda la humanidad. Démonos cuenta de que el sábado es un pacto especial —un pacto *perpetuo*— *aparte* del pacto del Sinaí (v. 16).

En realidad, los sábados de Dios son importantes para nosotros en la actualidad, porque él dijo: “Señal es para siempre entre mí y los hijos de Israel; porque en seis días hizo el Eterno los cielos y la tierra, y en el séptimo día cesó y reposó (v. 17). ¿Que este fue dado únicamente a los judíos? Esto no tendría ningún sentido. En lugar de esto, es muy claro que, como lo dijo Jesús: “El [sábado] fue hecho por causa del hombre” (Marcos 2:27-28), o sea, para *toda la humanidad*. Lo que entrelaza todo es el hecho de que todas las personas tienen que volverse parte del Israel espiritual (Romanos 11:17, 24; Gálatas 3:28-29; 6:16), el cual se define como aquellos que obedecen la ley de Dios (Romanos 2:25-29), que incluye el sábado.

Cuando Dios terminó de hablar con Moisés, le dio dos tablas de piedra con los Diez Mandamientos que él mismo había escrito (24:12; 31:18). Aunque a veces pensamos que estas tablas contienen secciones diferentes de los Diez Mandamientos, es posible que “todos los Diez Mandamientos hayan estado escritos en cada tabla. En el Cercano Oriente los tratados se escribían con frecuencia por duplicado” (*Biblia de estudio de Nelson*, nota acerca de Éxodo 24:12). Como estas eran “dos tablas del testimonio”, esto parece indicar que debían proveer el testimonio de “dos testigos”, un requisito que la ley de Dios establece para llevar un juicio (Números 35:30; Deuteronomio 17:6; 19:15). Tal vez esta sea una de las razones por las cuales el Decálogo aparece escrito dos veces en la Biblia (Éxodo 20 y Deuteronomio 5). Sin embargo, como las tablas fueron escritas por delante y por detrás, todavía es posible que los primeros cuatro mandamientos, relativos al deber con Dios, hayan sido escritos en un lado, y los seis mandamientos restantes, relativos al prójimo, hubieran sido escritos en el otro. Si esto fuera así, al poner las dos tablas juntas, con una al revés, tendríamos el mismo cuadro descrito tradicionalmente.

El becerro de oro (Éxodo 32)

Como Moisés se había ausentado durante casi un mes y medio, los israelitas se sintieron confundidos y le pidieron a Aarón que les hiciera dioses para que los dirigieran. Es interesante pensar que ellos pudieron haber visto este ídolo como una representación del Eterno (vv. 4-5). Dios, sin embargo, lo consideró de otra forma, diciendo que ellos “lo han adorado y le han ofrecido sacrificios” (v. 8) en lugar de obedecerlo a él. Con todo lo que Dios había hecho

por ellos, es sorprendente ver cuán fácilmente se olvidaron de sus mandamientos y descartaron a Moisés como si éste fuera un fraude. El apóstol Pablo nos advierte que no debemos hacer lo que ellos hicieron (1 Corintios 10).

Otro increíble aspecto de todo este asunto es lo que hizo Aarón. Uno queda casi estupefacto cuando ve que él consintió, y no parece que hubiera vacilado mucho al respecto. Cuando el pueblo se acercó a Aarón para pedirle que hiciera un ídolo que ellos pudieran adorar, les dijo que le dieran sus zarcillos de oro. Entonces Aarón formó y moldeó el ídolo. Tal vez el mismo Aarón se estuviera preguntando qué le había pasado a Moisés. Tal vez consideró la petición del pueblo como una amenaza —lo cual probablemente sí lo era— si él no se sometía a lo que le pedían, con unas consecuencias desastrosas. Es posible que Aarón temiera por su propia seguridad y la de su familia en caso de que se les opusiera. Debiera haber tenido mayor presencia de ánimo y confiar en Dios, pero se dejó llevar. Como si esto fuera poco, en lugar de afrontar su responsabilidad, le dijo a Moisés una mentira ridícula cuando éste le preguntó al respecto (v. 24). De todas formas, fue un error muy grande de un dirigente muy importante. Esto también debe darnos una lección a todos nosotros. No importa quiénes seamos, no importa cuánto hayamos visto de la obra de Dios en nuestras vidas, podemos desviarnos del camino si no estamos espiritualmente en guardia continuamente.

Con respecto al objeto idólatrico que escogieron los israelitas, ellos estaban muy familiarizados con la adoración egipcia del becerro, algo que estudiamos cuando leímos acerca de las plagas. No debe sorprendernos el hecho de que hayan escogido un becerro, porque era algo muy común en la cultura egipcia, y ellos estuvieron durante mucho tiempo viviendo en ella. Muchos siglos más tarde, Jeroboam, rey de Israel, también haría ídolos similares (1 Reyes 12:28) después de haber sido desterrado a Egipto (11:40); y esta práctica idólatrica prevalecería durante casi todo el período del reino de Israel. Entre los cananeos, el toro era considerado como un símbolo de Baal. Tal vez la adoración tan extendida del buey en el paganismo, como ocurre actualmente en la India, ha sido inspirada directamente por Satanás, porque siendo querubín, uno de sus rostros, quizá el principal, es el de un buey (Ezequiel 1:7-10; 10:14).

“El toro fue reverenciado en todo el antiguo Cercano Oriente como un símbolo de fertilidad” (Jonathan Kirsch, *Moses: A Life* [“Moisés: Su vida”], 1998, p. 264). Tal vez fue debido a la conexión que existía con la fertilidad en esta práctica idólatrica, lo que hizo que algunos israelitas se dedicaran a los juegos sexuales (v. 6). *The Expositor’s Bible Commentary* (“Comentario bíblico del expositor”) dice acerca del versículo 6: “El verbo *sahaq* [traducido por “regocijarse”] significa borrachera, orgía inmoral y actividad sexual (‘caricias conyugales’)” (1990, 2:478). Al alcanzar este grado de corrupción, es probable que todo volviera mucho más decadente de lo que Aarón se había imaginado. Anteriormente, leímos cómo el apóstol Pablo comparó el pecado a la levadura (1 Corintios 5:8). Él dio un ejemplo para mostrar que el pecado, lo mismo que la levadura, se puede esparcir y afectar a más y más personas si no se le detiene (vv. 1-7). El incidente del becerro de oro parece ser un caso típico en el que inicialmente se permite cierta cantidad de levadura, y antes de que uno se dé cuenta, la levadura lo ha contaminado todo. No tenemos por qué pensar que necesariamente toda la congregación de Israel participó en esta orgía sexual, pero fue algo tan notorio que hizo que Dios le dijera a Moisés: “*Tu* pueblo que *sacaste* de la tierra de Egipto se ha corrompido” (v. 7), dando a entender que se había alejado de los israelitas.

Aunque Dios le perdonó a Israel este pecado, y también el de Aarón, tuvieron que pagar un alto precio por violar la ley de Dios. Moisés les dijo a los levitas que sacaran sus espadas y comenzaran a matar al pueblo. Aproximadamente 3.000 fueron muertos (v. 28). Tal vez aquellos que perecieron fueron los que comenzaron la fiesta, o los que hicieron que ésta se desenfrenara totalmente. El versículo 35 nos dice que Dios castigó a su pueblo por el incidente del becerro de oro. Esto tal vez se refiera a los 3.000 que perecieron o a otro castigo que no aparece específicamente. Esta lección debe decirnos claramente que “el pecado acarrea un castigo”. No hay una sola excepción.

Moisés intercede por la presencia de Dios y le pide ver su gloria (Éxodo 33)

Después del incidente con el becerro de oro, Dios le dijo a Moisés que llevara al pueblo a la Tierra Prometida, y que su ángel iría delante de ellos (32:34; 23:20-23), una declaración que él repite en este capítulo (33:1-2). No es claro si este “ángel” (del hebreo *malach*, que significa “mensajero”) se refiere a Cristo antes de su encarnación (porque en otras ocasiones él transmite las palabras del Padre), o a un ángel como Miguel, quien estaba encargado de cuidar a Israel (Daniel 12:1). Algo que favorece este último argumento es que Dios mismo estaba diciendo que él no iba a seguir en medio de Israel (Éxodo 33:3) y Moisés se quejó delante de Dios: “Tú no me has declarado a quién envia-

rás conmigo” (v. 12). Cuando ellos supieron que la presencia de Dios no iba a estar con ellos en su viaje a la Tierra Prometida, lo consideraron como una “mala noticia” (v. 4). Sin embargo, si esto era en verdad lo que Dios quería decir, después de que Moisés intercedió por ellos, él cedió y estuvo de acuerdo en acompañar al pueblo (vv. 12-17).

Hay, sin embargo, otra posible explicación, la de que Dios tal vez sí pretendía acompañarlos durante todo su viaje. Como vemos, Dios le informó a Moisés que su presencia estaría con él (v. 14). Y como Moisés era el que estaba guiando al pueblo, necesariamente la presencia de Dios estaría delante de ellos. La clave de esta explicación está en la declaración de Dios en el sentido de que él no iría *en medio del pueblo* a la Tierra Prometida. La columna de nube y de fuego los iba a guiar, pero no estaría directamente en medio del campamento. En lugar de esto, Dios descendía en medio de la columna para hablar con Moisés, *afuera del campamento*. Por esto Moisés puso su propia tienda fuera del campamento y la llamó “el Tabernáculo de Reunión” (v. 7). En esta época, Dios no se reunía con el pueblo. La intercesión de Moisés fue hecha en el sentido de que no era suficiente que él fuera el único que contara con la presencia de Dios; antes bien, toda la gente la necesitaba (vv. 15-16). Dios le respondió que él haría como Moisés le había dicho. Así, un poco más adelante vemos que el tabernáculo del santuario fue levantado justamente *en medio* del pueblo, y entonces éste se llamó “el tabernáculo de reunión” (40:2; Números 2:17), en donde Dios, en cierto sentido, se reunía con toda la nación. Por supuesto, la promesa de Dios de estar en medio de su pueblo se cumplió cuando Jesucristo vino como un ser humano y después moró en su pueblo por medio de su santo Espíritu (para llevarlos a un descanso permanente en su reino).

De hecho Moisés, el intercesor, fue un tipo de Jesucristo. En este capítulo vimos claramente la relación tan especial que se desarrolló entre él y El que Siempre Vive. Dios, Jesús antes de su encarnación, habló con Moisés cara a cara, como quien habla con un amigo (v. 11). Tal vez de esta misma manera fue que Dios se le manifestó a Abraham. Pero a Moisés se le permitió ver más de Dios de lo que aparece en el relato acerca de Abraham. Cuando Moisés pidió ver la gloria de Dios, éste le explicó que ningún ser humano podía ver su gloria en todo su esplendor y sobrevivir; así que le iba a permitir a Moisés que viera su espalda, lo que comprueba que Dios tiene forma y figura, aun siendo un ser espiritual. Incluso, más adelante Dios dice: “Oíd ahora mis palabras. Cuando haya entre vosotros profeta del Eterno, le apareceré en visión, en sueños hablaré con él. No así a mi siervo Moisés, que es fiel en toda mi casa. Cara a cara hablaré con él, y claramente, y no por figuras; y verá la apariencia del Eterno” (Números 12:6-8).

El pacto es renovado; el rostro resplandeciente (Éxodo 34)

Como Moisés había roto las tablas de los Diez Mandamientos que Dios le había dado anteriormente, Dios le dijo que preparara otras dos tablas de piedra para que él pudiera escribir nuevamente sus mandamientos, la base del pacto entre él y su pueblo. Esto fue un acto supremamente misericordioso de Dios, quien a pesar de la tremenda desobediencia de los israelitas, estaba dispuesto a renovar el pacto con ellos y tener una relación en estos términos.

Después, Dios le mostró a Moisés parte de su gloria. Al hacerlo, él proclamó lo glorioso de su carácter, enfocándose en su infinita misericordia y gracia, esas características fundamentales que permitían que el pacto fuera renovado (vv. 5-7). A pesar de ello, él advirtió acerca de las consecuencias del pecado (v. 7). Después de oírlo, Moisés nuevamente le imploró perdón a Dios por los pecados del pueblo y le pidió otra vez que estuviera “en medio” de ellos (v. 9).

¿Cuál fue la respuesta de Dios? Renovó la relación del pacto, y comenzó esta renovación con el maravilloso anuncio de que iba a hacer “maravillas” para expulsar a las naciones de Canaán y favorecer a su pueblo (vv. 10-12). Los israelitas no debían realizar tratados con los cananeos, para que no se corrompieran con sus ideas y costumbres paganas. Por ningún motivo debían adoptar prácticas paganas de adoración.

Dios consideraba su relación con Israel como la de un matrimonio (Jeremías 3:1-14). Para los israelitas, “fornicar” con dioses paganos (Éxodo 34:15-16) —es decir, adorarlos o adoptar sus ritos religiosos— era como una infidelidad matrimonial y un adulterio espiritual. Pero la frase también tenía una aplicación literal, directa, porque los ritos sexuales en los que participaban prostitutas (tanto hombres como mujeres) era uno de los componentes fundamentales de las odiosas y repugnantes religiones paganas de la tierra en la que los israelitas iban a entrar. Aquí, al igual que sucedió con el incidente del becerro de oro en el capítulo 32, la reacción de Dios nos indica que las prácticas religiosas paganas son totalmente abominables para él, algo que debemos tener muy en cuenta cuando analizamos los orígenes de las tradiciones religiosas y costumbres populares en la actualidad. Es importante recalcar que en este

contexto Dios también nos advierte que no debemos casarnos con aquellos que no comparten la fe verdadera, y hacerlo es emprender un peligroso camino que nos puede llevar a alejarnos de su verdad.

Después, Dios nuevamente repite algunos de los términos del pacto que había hecho en los capítulos 21-23. En Éxodo 34:26 se repite la prohibición de 23:19 acerca de no cocinar el cabrito en la leche de su madre. Con respecto al primer versículo (23:19), *The Jerome Biblical Commentary* (“Comentario bíblico de Jerónimo”), afirma: “La prohibición en el versículo 19b (y en Deuteronomio 14:21) ha desconcertado a los comentaristas durante muchos años; sin embargo, con el descubrimiento y la publicación de la literatura de Ras Chamra . . . se ha dilucidado este enigma. Ahora es absolutamente claro que esta era una práctica que formaba parte de un culto entre los vecinos cananeos de los israelitas. Por lo tanto, los israelitas no debían participar de esto, ya que hacerlo podría llevar a la adopción de algunas costumbres del culto de los cananeos”. Refiriéndose al mismo versículo, el comentarista Matthew Henry, dice lo siguiente: “En la fiesta de la cosecha, como es llamada (v. 16), ellos [los israelitas] debían dar gracias a Dios por las bendiciones que habían recibido en las cosechas, y debían esperar en él para las del año siguiente, y no podían esperar recibir ningún beneficio por medio de las supersticiones de los gentiles, quienes, según lo que se decía, al final de la cosecha cocinaban un cabrito en la leche de su madre y tomaban de ese potaje para rociar los jardines y los campos, en una forma mágica, con el fin de que produjeran más fruto el año siguiente. Pero Israel debía aborrecer semejantes costumbres tan insensatas”.

Como debemos evitar las costumbres originadas en la adoración pagana, sería prudente que nos abstuviéramos de cocinar intencionalmente un cabrito en la leche de su propia madre. Basándose en de esta restricción, los judíos ortodoxos no comen por ningún motivo carne con productos lácteos. De hecho, para que ellos puedan considerar *kosher* algún alimento, utilizan diferentes utensilios para cocinar aparte estas dos clases de comida. Los judíos ven un principio general en estos versículos: que lo que fue dado para alimentar la vida (la leche), no debe ser usado para destruirla. Sin embargo, es claro que esta no fue la intención de Dios. Abraham, alguien que guardó los estatutos y las leyes de Dios (Génesis 26:5), le pidió a Sara que preparara carne y productos lácteos y los sirviera juntos para que Dios (Cristo antes de su encarnación) y dos ángeles comieran: “Tomó [Abraham] también mantequilla y leche, y el becerro que había preparado, y lo puso delante de ellos; y él se estuvo con ellos debajo del árbol, y comieron” (Génesis 18:8). Es claro que aun el mismo Dios, manifestándose físicamente, tomó leche y comió carne al mismo tiempo. A pesar de ello, algunos judíos, aunque reconocen que la restricción no es tan contundente, se oponen a comer carne con productos lácteos, porque afirman que existiría la posibilidad (muy remota por cierto) de que esa leche en particular fuera de la madre del animal que uno se está comiendo. Si aplicáramos semejantes posibilidades tan remotas a nuestra dieta en general, nunca podríamos comer nada, por temor a que una molécula de algo impuro de alguna manera se hubiera colado en nuestra comida. Esto no era lo que Dios tenía en mente.

Después de estar en la presencia de Dios, Moisés volvió del monte con el rostro resplandeciente, un reflejo mudo de la gloria que brillaba delante de él cuando estaba ante la presencia de Dios. A partir de entonces, parece que esto mismo le siguió sucediendo cada vez que se encontraba con Dios. Luego, como explica más tarde el apóstol Pablo, él se pondría un velo para ocultar esa gloria temporal (2 Corintios 3:7, 13). Podemos ver el rostro resplandeciente de Moisés como algo equivalente al reflejo del carácter de Dios en nosotros. Al ver esto, otros van a darse cuenta de que nosotros representamos a Dios y hemos estado cerca de él. A medida que el tiempo transcurre a partir del último encuentro que tuvimos con él, nuestro poder espiritual y nuestro enfoque se desvanecen, así como nuestro ejemplo. Tenemos que ir otra vez delante de Dios para renovarnos y estar listos nuevamente para que nuestra luz brille delante de los demás.

¿No encender fuego en el sábado? (Éxodo 35)

El capítulo 35 comienza con algunas instrucciones acerca del sábado semanal. Dios dijo: “No encenderéis fuego en ninguna de vuestras moradas en el día de reposo” (v. 3). Una interpretación judía, largamente sostenida, es que es prohibido encender cualquier clase de fuego en el día sábado, como por ejemplo encender el fuego de la chimenea o encender un fósforo. Basándose en este versículo, algunos llegan hasta argumentar que en el sábado no se permite prender una estufa, un horno o cualquier aparato eléctrico que tenga un elemento que caliente, como por ejemplo un secador de pelo. Algunos llegan hasta decir que no se puede prender un automóvil, o encender la luz eléctrica en el día santo de Dios.

Sin embargo, es muy importante que analicemos el contexto. Es cierto que a nivel personal es necesario establecer un límite para el uso del fuego; hay ciertas labores necesarias para mantener el fuego, como por ejemplo cortar o recoger leña, que no está bien llevarlas a cabo el día sábado (Números 15:32). Sin embargo, el pasaje que estamos analizando aparece al comienzo de las instrucciones para la construcción del tabernáculo, y lo más probable era que se estuviera haciendo referencia a esto. Lo que parece es que Dios les estaba diciendo que no debían encender fuego de trabajo en el día sábado, un fuego adecuado para derretir plata u oro, o para fundir cualquier otro metal para la construcción del tabernáculo. Sin lugar a dudas, en algunos hogares se hacía fundición a pequeña escala, algo que también estaba expresamente prohibido. Toda labor industrial debía cesar, aun el trabajo especial para la construcción del tabernáculo, para que en el día sábado las personas se pudieran dedicar completamente al descanso y a la adoración a Dios tal como él lo había ordenado.

Dios siempre ha querido que su sábado semanal sea una bendición y una delicia para nosotros (Isaías 58:13-14), no algo absolutamente insoportable, como algunos lo han hecho al concentrarse en unas reglas totalmente restrictivas. Sin embargo, hay ciertas reglas que debemos seguir. Por ejemplo, como regla general no debemos hacer nuestros negocios en el día sábado ni usar este día para planear nuestro trabajo diario. El sábado tampoco es un día para el deporte ni para nuestros pasatiempos. El sábado es un tiempo que debemos dedicar a nuestra relación con Dios.

Lectura suplementaria: El folleto *El día de reposo cristiano*.

El pueblo trae una ofrenda demasiado grande (Éxodo 36)

Aunque muchos israelitas tenían una dura cerviz y un corazón endurecido, aquellos que tenían el deseo de colaborar llevaron mucho más de lo que se necesitaba para el tabernáculo, la casa de Dios en aquella época. La *Biblia de estudio de Nelson* anota lo siguiente: “Las ofrendas para el tabernáculo son tal vez la ofrenda más impresionante que el pueblo de Dios haya dado alguna vez. La clave radicaba en el corazón y el espíritu de aquellos que dieron. Tanto los hombres como las mujeres colaboraron. Aun en esta época patriarcal, las mujeres participaban activamente en la obra de Dios. Las personas presentaron ofrendas suntuosas, variadas y abundantes. Finalmente, tuvieron que decirles que ya no llevaran más (36:2-7)”. Tal vez estaban inspirados a dar de una manera abundante debido a la increíble misericordia de Dios al perdonarles su idolatría en el incidente del becerro de oro. Esto nos da un ejemplo que debemos seguir cuando Dios quiere que hagamos algo; debemos tener la misma voluntad y la misma disposición para dar abundantemente (Hechos 20:35; 2 Corintios 9:6-7). De la misma forma que los israelitas, nosotros debemos ser movidos a dar generosamente cuando entendemos la abundancia de la misericordia que Dios ha tenido con nosotros.

Entre las ofrendas que trajeron estaba la madera de acacia para el tabernáculo. *The Interpreter's Dictionary of the Bible* (“Diccionario bíblico del interprete”) hace algunos comentarios interesantes con respecto a esto: “Era una madera ideal para la ebanistería, una madera de color café anaranjado . . . todavía común en las regiones desérticas del Néguev y el Sinaí. Estas acacias producían una madera muy resistente”.

Aunque el relato de la generosidad de los israelitas es muy inspirador, no significa necesariamente que ellos fueran tan celosos en las oportunidades que fueran de índole más espiritual, y tampoco significa que este celo fuera muy duradero. En realidad, hemos visto cómo el pueblo se rebelaba una y otra vez. Así es la naturaleza humana cuando no tiene la ayuda de la conversión espiritual que proviene de Dios.

El mobiliario del tabernáculo (Éxodo 37-38)

La construcción del tabernáculo y de todos los utensilios que Dios encargó era una tarea monumental. En los capítulos 37 y 38, leemos que Bezaleel hizo todos los utensilios del templo de acuerdo con las instrucciones que Dios le había dado anteriormente a Moisés. Sin lugar a dudas, se repiten todos los detalles para mostrar que todo se había hecho según lo que Dios había dicho. Debemos recalcar que Bezaleel no trabajó solo. Él era el coordinador y había muchos artesanos que trabajaban bajo su mando (36:8). Aholiab y todos los que trabajaban con él se encargaron del tejido y el grabado (38:23).

El capítulo 37, relativo a los muebles del santuario, comienza narrándonos la forma en la que Bezaleel construyó el arca del pacto, con el propiciatorio y los querubines. El texto sigue exactamente las instrucciones que Dios le había dado a Moisés acerca de cómo se debía hacer la construcción (25:10-22). Lo único que no se menciona aquí es la

instrucción que Dios había dado acerca de las tablas del testimonio que se debían poner dentro del arca, con el propiciatorio encima de ellas, y más tarde vemos a Moisés cumpliéndola, cuando ya todo estaba completo en el tabernáculo (40:20). De la misma forma, todas las instrucciones que Dios había dado acerca de la mesa del pan de la proposición son seguidas por Bezaleel en el capítulo 37. El único detalle que no se repite son las instrucciones que Dios dio acerca de cómo se debía poner el pan de la proposición en la mesa, que nuevamente, es algo que sucede cuando el tabernáculo está terminado (40:4, 22-23). Después vemos la construcción del candelero, también de acuerdo con las instrucciones de Dios en 25:31-40. Lo único que no se menciona es la encendida de las lámparas, que nuevamente, se debía hacer cuando el tabernáculo estuviera listo (40:4, 25). Viene después la construcción del altar del incienso, de acuerdo con las instrucciones de Dios en el capítulo 30.

El capítulo 38 tiene que ver con el atrio del tabernáculo. Comienza con la construcción del altar para las ofrendas quemadas (holocausto), según las instrucciones de Dios en 27:1-8. Luego sigue la fuente de bronce, según las instrucciones de Dios en 30:17-21. Finalmente vemos la construcción del atrio en sí, según lo que Dios le había dicho a Moisés en 27:9-19. Vemos que muchos de los utensilios y muebles, incluso los del santuario, tenían anillos a lado y lado en los cuales se insertaban varas para poder cargarlos, pues la gente no debía tocar los objetos sagrados. La perfección y la gloria de Dios estaban representados en este mobiliario y por eso no debía ser profanado.

Este capítulo termina con una lista de los metales preciosos que se usaron para la construcción del tabernáculo y su mobiliario. Como el talento pesaba cerca de 32 kilos, lo que equivale a 3.000 ciclos, se calcula que se utilizó más o menos una tonelada de oro, dos toneladas y media de bronce y tres toneladas y media de plata. De hecho la plata fue el metal más utilizado para construir los elementos básicos del tabernáculo y sus utensilios. Como dice la *Biblia de estudio de Nelson*: “Aunque el tabernáculo era una tienda de campaña, no era una morada ordinaria. Era un santuario glorioso que simbolizaba la presencia del Dios viviente en medio de su pueblo”. Si pensamos que estos detalles son insignificantes o sin importancia, en Hebreos 8:5 y 9:23 se nos recuerda que el tabernáculo y sus utensilios eran “figura y sombra de las cosas celestiales” y “figuras de las cosas celestiales”.

Las vestiduras de los sacerdotes; la obra es terminada (Éxodo 39)

Las vestiduras de los sacerdotes fueron hechas de acuerdo con el modelo que Dios le había dado a Moisés en el capítulo 28. Lo único que no se menciona aquí es cómo se puso el Urim y Tumim en el pectoral (28:30), algo que sucedió en Levítico 8:8. Es interesante notar que los sacerdotes debían usar calzoncillos largos como parte de sus vestiduras. Esta ropa interior de lino, tal como Dios lo había explicado anteriormente, era por modestia, “para cubrir su desnudez” (Éxodo 28:42). “Debido a que las prácticas sexuales eran una parte tan importante de la adoración entre las naciones vecinas de Israel, es claro que esto era una forma de contrarrestar esta tendencia cultural” (*Biblia de estudio de Nelson*, nota acerca del versículo 42). “Esta modestia les recordaba a los israelitas que la sexualidad humana no podía ejercer ninguna influencia en Dios. Esta era una de las ideas fundamentales en la adoración de Baal, que continuamente seducía a los israelitas. Los sacerdotes de Baal usaban gestos y acciones obscenas en la adoración a su depravado dios” (nota acerca de Levítico 6:10). Totalmente opuesto, “ninguna obscenidad ni ninguna vulgaridad era permitida en la limpia adoración al Dios viviente” (nota acerca de Éxodo 20:26).

Con la terminación de las vestiduras sacerdotales, la obra de construcción estaba completa. En el capítulo 39:32-43 se hace una lista de “toda la obra del tabernáculo” que Dios había ordenado por medio de Moisés, y que ahora estaba terminada. Después, “vio Moisés toda la obra” (v. 43) en una inspección final. ¿Cuál fue el resultado? “Y he aquí que la habían hecho como el Eterno había mandado” (v. 43). Ojalá Dios pueda decir lo mismo acerca de nosotros cuando tratamos de complacerlo en nuestras vidas. Finalmente, Moisés los bendijo, de la misma forma en que Jesucristo nos bendecirá a nosotros si seguimos las instrucciones de Dios.

La gloria de Dios llena el tabernáculo (Éxodo 40)

Dios le dio a Moisés instrucciones explícitas con respecto a cada detalle de la construcción del tabernáculo. La Biblia hace dos comentarios muy interesantes acerca del cuidado con que Moisés siguió esas instrucciones. El versículo 16 dice: “Y Moisés hizo conforme a todo lo que el Eterno le mandó; así lo hizo”; mientras que en el versículo 33 dice simplemente: “Así acabó Moisés la obra”. Moisés sirvió fielmente a Dios y luchó por alcanzar la excelencia en todo lo que Dios le encomendó. “Moisés a la verdad fue fiel toda la casa de Dios, como siervo” (Hebreos 3:5).

Finalmente, el tabernáculo fue erigido y todos sus utensilios colocados en el lugar correcto el primer día del primer mes (abib o nisán del calendario hebreo) en el segundo año de su salida de Egipto (vv. 2, 17). Esto fue cerca de 10 meses después de que el pueblo llegara al Sinaí y cerca de dos semanas antes de que celebraran su segunda Pascua. Cuando todo lo que Dios les había ordenado estuvo listo, él vino y en un dramático descenso manifestó su gloria entre los israelitas, llenando el tabernáculo con ella de manera que ni siquiera Moisés pudo entrar. La manifestación de la gloria de Dios es llamada en algunas ocasiones shekiná, o la gloria de la shekiná, proveniente de la palabra hebrea que significa “habitar, morar”. La *Biblia de estudio de Nelson* dice al respecto: “La gloria de Dios que llenaba el tabernáculo era una demostración de su presencia entre los israelitas, su importancia para ellos, su maravilloso e inspirador poder. Es apropiado recordar las palabras de Juan 1:1-18 en este contexto. En la encarnación, la gloria de Dios no se manifestó en una tienda de campaña, sino en su Hijo . . . Qué maravillosa conclusión del libro del Éxodo con la imagen de un Dios lleno de misericordia desplegando su poder protector sobre su pueblo . . . Un seguidor israelita fiel podía ver el tabernáculo y darse cuenta de que Dios estaba allí con todo su esplendor y poder. Y con él, el pueblo se dirigió a Canaán, la tierra que les había prometido”.